

DISCÍPULOS DE JESUCRISTO EN AMÉRICA LATINA HOY

P. Pedro Trigo Durá, SJ*

Abstract

This paper has two parts. The first one intends to focus the difference between the way to follow Jesus when he lived in this world and the after he left it. The advantage to clearly determine the difference stands on nowadays' temptation of pietism: the illusion of a relationship with him as if he was still here, which replaces the discipleship in his mission to proclaim the Kingdom. The second part tries to clear out the peculiarity of following Jesus in Latin America today, which faces the fact that Latin American Christians are religious people, more than Jesus' followers, but the Gospel has not been turned into its environmental conditions. Christendom seems to have no importance because we are among the world, the region with biggest inequalities. Furthermore, environmental transmission has been interrupted. A personalized Gospel

*El **P. Pedro Trigo Durá, SJ**, es jesuita venezolano de origen español riojano, nacido en 1942. Estudió Letras y Filosofía en las Universidades Católicas de Caracas y Quito, donde se licenció en Filosofía en 1966. Luego se doctoró en Teología en la Universidad de Comillas (Madrid) en 1980. De 1964 a 1966 tuvo contacto con Monseñor Proaño en Ecuador sintiéndose desde entonces comprometido con el tipo de Iglesia y de pastoral que él representó. En 1973 fue discípulo de Gustavo Gutiérrez en Lima. Desde 1972 ha participado regularmente en encuentros de teólogos latinoamericanos. Desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla (Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús en Venezuela), del que ha sido director. Es profesor de teología en el ITER de Caracas. Escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de bachillerato y licenciatura en Teología Pastoral y Teología Espiritual, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Tiene numerosas publicaciones y escribe en varias revistas, entre ellas RLaT, Iter, Sic, Anthropos, Nuevo Mundo...

transmission is needed in order to overcome globalization's emphasis on individualism.

Key words: *discipleship, mission, Kingdom of God, poor, Gospels, solidarity, kerigma, inculturation, Latin America.*

I. Discípulos cuando Jesús vivía en este mundo y discípulos hoy

Para enfocar correctamente el tema hay que empezar asentando la diferencia entre el modo de ser discípulos cuando Jesús de Nazaret vivía en nuestro mundo en la primera mitad del siglo I y el modo actual de serlo. Y ante todo hay que asentar que no es lo mismo y que por tanto la pretensión de que lo sea es ilusoria.

Esto es imprescindible aclararlo porque así como el problema de no pocos teólogos es la dificultad o incluso la imposibilidad de conceder un lugar a la relación interpersonal con Jesús de Nazaret, es decir a una relación en la que se dé una alteridad real, la presunción ambiental es, por el contrario, que esa relación actual con Jesús se da como se daba durante la vida mortal de Jesús. Esos teólogos dirían que Jesús está presente en el modo como nos vamos haciendo humanos, es decir de manera meramente trascendental. Y sin embargo estos cristianos pretenden relacionarse con Jesús como se relacionaban los apóstoles, sólo que ahora sin verlo.

Nosotros, a diferencia de unos y otros, sostenemos que se da una verdadera relación interpersonal en la que es palpable la alteridad; pero que esa relación es meramente en fe.

Toda relación cualitativamente humana es una relación de fe, es decir una relación en base a lo que cada uno de los interlocutores revela al otro de sí. Pero es distinto que ambos interlocutores estén en el mismo mundo y por eso se vean y oigan, es decir tengan también una percepción objetual del otro, aunque en la relación se atengan a lo que cada quien manifiesta de sí, a que no se dé esa percepción objetual y sólo quede la revelación de uno al otro, sea por el medio que sea.

La diferencia entre la relación que tuvieron los apóstoles con Jesús y la que podemos tener nosotros obedece a dos causas: la primera es muy obvia: Jesús no está aquí (Mc 16,6): ha sido llevado al cielo (Hch 1, 11). Por eso nos pide estar en vela aguardando su regreso (Mc 13,33-37; Mt 25,1-13) y nos ha dado un encargo para que lo llevemos a cabo mientras esperamos su venida

(Mt 25,14-30; 1Tes 4,13-5,24) y caminamos a su encuentro. La segunda es una aclaración de la primera: no está aquí porque ha sido resucitado por Dios. Por eso, porque ha sido constituido como Señor, ha sido exaltado y nos da el encargo de proseguir su misión hasta que nos encontremos de nuevo con él.

Es totalmente distinto seguir a alguien con quien se convive que seguir a alguien que no está en nuestro mundo. Los discípulos seguían a Jesús ante todo conviviendo con él y participando de su misión.

Especificidad del discipulado cristiano antes de la pascua

El discipulado cristiano, a diferencia del rabínico, no era un modo de vida temporal hasta haber recibido la sabiduría del maestro y ser como él; tampoco estaba centrado en la enseñanza de la Torá, tanto la escrita como la no escrita: no era un *camino* para captar su lógica, para gustarla y aprender a vivir a partir de ella. No era tampoco una iniciativa del discípulo sino, en definitiva, es decir independientemente de quien tomó la iniciativa, una elección del propio Jesús.

Los discípulos, fuera cual fuera el modo como conceptualizaban a su Maestro (como el enviado de Dios, como el profeta escatológico, como el Mesías), en el fondo captaban en él una presencia absoluta: una prestancia, una sabiduría de la vida, una clarividencia para leer los corazones y los signos de los tiempos, una entereza, una resolución, una misericordia, una fuerza para recrear a las personas, tanto los cuerpos como los espíritus, una capacidad de dar vida, en suma una autoridad, más allá de cualquier institución, representación y cargo, una autoridad en la que relucía la misma prestancia de Dios.

Y no es que Jesús estuviera centrado en sí mismo, no es que estuviera interesado en autolegitimarse, no es que buscara satelitizar a los demás. Por el contrario, tenía una figura común y corriente y una *actitud* que les hacía sentir a todos, empezando por los excluidos, el derecho a abordarlo, a plantearle sus asuntos, en definitiva a disponer de él. Y él parecía estar a gusto con esta imagen que daba de sí. No estaba preocupado por su imagen ni por su persona.

Su vida estaba completamente absorbida por el Reino: el Dios de Israel se estaba acercando absolutamente a su pueblo como gracia incondicional para realizar con toda plenitud la alianza íntima y eterna que habían anunciado los profetas del destierro. Él estaba poseído por la alegría de esa hora de gracia, y por la urgencia de que los israelitas se abrieran a esa oportunidad única. No sólo hablaba del Reino sino que con su presencia lo hacía presente. Insisto que él

estaba completamente absorbido por esa cercanía de Dios, que arropaba y recreaba a su pueblo, y buscaba convertirla en una referencia mutua por la vuelta del pueblo a su Dios. Estaba tan entregado a su misión que de hecho era completamente de Dios y de su pueblo: Hijo y Hermano. Pero porque era Hijo, su gloria estaba toda en que su Padre fuera reconocido, y como era verdadero Hermano, su alegría consistía en que la gente se abriera a Dios y recibiera su salvación.

Los discípulos no entendían mucho de esto, pero sí captaban que ya no podrían vivir sin Jesús y que él era realmente la buena nueva de Dios. Ser discípulo era estar, permítasenos la comparación, como el perro con su amo, moviéndose siempre en torno a él, pendiente de su mirada y meneando la cola de contento al saber que su amo lo toma siempre en cuenta y lo acaricia y le encarga mandados. Los discípulos eran los de Jesús.

Eso no significa que compartieran sus criterios, que tuvieran su mentalidad, que hubieran asimilado sus actitudes, que fueran verdaderamente sus compañeros, con los que Jesús podía desahogarse y explayarse porque todos tenían el mismo espíritu. Aunque Marcos cargue las tintas y los haga aparecer como los que no entienden nada, peor, como los que no quieren entender, como los que lo siguen materialmente, pero están muy lejos de sus actitudes de fondo, sí habría que retener que se desarrolló entre ellos y Jesús un torneo constante para ver quién se pasaba a la concepción de enviado de Dios y en definitiva de Dios que tenía el otro. Es obvio que Jesús no aceptó a ese Mesías davídico que ellos le propusieron y que lo descorazonaban esas rivalidades para ocupar los primeros puestos. Y también lo es que Jesús no logró que ellos aceptaran reinterpretar el mesianismo a partir de su figura concreta: no veían en ella la gloria de Dios. Aunque, si permanecieron con él, es que sí la veían, a pesar de que su ideología les impidiera reconocerla.

En resumen, los discípulos no se perdían nada de Jesús, aunque por entonces no pudieran reconocer su sentido, y sobre todo no querían perderse de la persona de Jesús. De hecho vivían a su sombra. En eso consistió sobre todo su ser de discípulos. Además, a causa de esa fidelidad de fondo por la que lo reconocieron como el envidado de Dios, pudieron participar también, aunque, repitémoslo, a su modo, de su misión.

El escándalo de La Cruz

La llegada a Jerusalén para la pascua, constituyó para ellos el apogeo de Jesús y de su entusiasmo por él. Los peregrinos galileos lo reconocieron y el

Maestro ingresó escoltado por miles de ellos que lo aclamaban como enviado de Dios. Realizó ese acto de destrucción simbólica del templo, y la comisión oficial que lo emplazó no se atrevió a desautorizarlo públicamente. Más aún, salió airoso de todas las disputas públicas. Una inmensa multitud lo escuchaba con gusto, tanto que de hecho estaba sustituyendo al templo: la gente acudía al templo a conectarse con Dios y su voluntad, pero en él lo que hacía sobre todo era escuchar a Jesús. Por eso, como las autoridades no se convirtieron a Jesús, tenían que quitarlo del medio. Jesús estaba consciente de lo inevitable del desenlace. Pero los discípulos pensaban, por el contrario, que se estaba acercando el momento de que Jesús fuera por fin reconocido o de que se impusiera sobre las autoridades recalcitrantes.

Por eso cuando lo detuvieron a traición se quedaron totalmente desconcertados y huyeron dejándolo solo; y cuando se enteraron de que lo habían crucificado, el pasmo los bloqueó completamente. No podían dudar, a pesar de lo sucedido, de que Dios estaba en Jesús, más aún, de que Jesús pertenecía a Dios. Pero, si era un profeta poderoso en obras y palabras, como todo el pueblo creía, si Dios lo había elegido como liberador de Israel ¿cómo pudo sucumbir a manos de sus enemigos? ¿Es que sus enemigos tenían más poder que el ungido por el Espíritu de Dios? El escándalo de la cruz los dejó completamente en blanco. En esto paró el discipulado de Jesús de Nazaret.

La resurrección como desvelamiento del sentido de la vida de su maestro y envió a proseguir su historia con su espíritu

Pero entonces sucedió el acontecimiento que distingue a ese primer discipulado del que vino después. Dios reivindicó a su Hijo, que en la pasión no fue vencido, como les había parecido a ellos, sino que culminó su misión. Y él se les apareció recreado, lleno de la gloria de Dios, con lo que ellos pudieron superar el escándalo de la cruz y comprender que en ella se había consumado como Hijo y como Hermano, que en esa suprema debilidad había relucido sobre todo la fuerza de su amor misericordioso. La presencia de Jesús y lo que ella desencadenó los llenó de inmensa alegría. Y Jesús los envió, como el Padre lo había enviado a él, y, para que ese envío fuera consistente, les entregó su Espíritu.

Ahí comienza un nuevo modo de ser discípulo. Porque, a la luz de Jesús resucitado y del Espíritu que les otorgó, pudieron repasar la vida de Jesús desde dentro, desde su misma lógica, desde su mismo Espíritu. Así pudieron captar el sentido y la gloria que antes no habían podido ver. Pero no sólo conocieron por

fin internamente a Jesús sino que ese conocimiento interno, es decir en el Espíritu, les dotó de la misma consistencia de Jesús. Una prestancia que sorprendió al pueblo y que admiró al propio sanedrín que a causa de ella no se atrevió a hacerles correr la misma suerte de Jesús. Así se capacitaron para proseguir su historia como enviados suyos.

Jesús no está aquí

La representación de la Ascensión, define el nuevo tiempo: ya no es el tiempo de Jesús en este mundo sino el tiempo de los discípulos animados con su Espíritu. La escena de la aparición a la Magdalena, tal como la relata el cuarto evangelio, lo expresa con toda expresividad y precisión. María pensaba que su querido maestro pertenecía al pasado: en el presente ya sólo quedaba su cadáver. Cuando Jesús la llama por su nombre, salta al presente. Pero queda por definir el tiempo que se abre con su nueva vida. Ella piensa que puede estar de nuevo a sus pies, como antaño. Pero Jesús la sustrae de esa inmediatez corporal para definir el tiempo como envío y la vida como misión. Y María deja el abrazo a Jesús y sale llena de alegría a cumplir su encargo.

Jesús es el porvenir de los discípulos. Él está en Dios: se ha ido para prepararles lugar. Por eso, la súplica, encendida por el deseo: *Marana 'ta*, ¡ven, Señor! Esta tensión hacia el encuentro es lo más deseable de todo, la esperanza que los sostiene. No por casualidad es la última súplica de la Biblia cristiana: «La Esposa y el Espíritu dicen: ¡Ven!» Y el propio Jesús les responde: «Sí. Yo vengo en seguida». Y los discípulos le toman la palabra: «Amén. ¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,17.20-21).

El presente está completamente ocupado por el encargo de Jesús: proseguir la misión que el Padre le encomendó. La misión es la misma: el Reino. La entrega absoluta de Dios como Padre materno a su pueblo, que ahora es toda la humanidad, que es la roca firme en que basar la vida y la presencia que la colma, y la entrega de la humanidad a Dios, el Padre común, que nos hace hermanos. Pero la novedad es que este encuentro acontece en Jesucristo, el Hijo único y el Hermano universal, que es el pontífice, el que hace de puente entre Dios y la humanidad y el que torna las *diferencias* entre los seres humanos en riqueza del conjunto y no, como ha venido sucediendo históricamente, en fuente de discriminación (Gal 3,27-28; Ef 3,10-11).

Ahora bien, este encuentro entre Dios y la humanidad que proclamó y llevó a cabo Jesús, tiene una peculiaridad que lo vuelve escandaloso y que sin

embargo es la prueba de su trascendencia: sucede en los pobres. Con palabras de Aloysius Pieris: «Allí donde se ama y se sirve a Dios, son los pobres y no la pobreza quienes reinan./ Allí donde se ama y se sirve a los pobres, es Dios, y no Mamón, quien reina» (*El reino de Dios para los pobres de Dios*. Mensajero, Bilbao, 2006,52).

Para seguirlo se escriben los evangelios

Puesto que el Reino de Dios pasa por Jesús, que es su puerta, es fundamental rescatar la vida de Jesús, que es el *camino* que conduce a la vida: tanto a la participación de la vida de Dios como verdaderas hijas e hijos suyos, como a la vida fraterna de las hijas e hijos de Dios. Dicho con otras palabras, Jesús es paradigma de humanidad: modelo excelentísimo de lo que es el ser humano en el sentido cualitativo. Es, más todavía, prototipo de humanidad: es el molde en el que Dios nos hizo a los seres humanos; es la Imagen perfecta de Dios a cuya imagen hemos sido creados. Es, sobre todo, arquetipo de humanidad: el que, atrayéndonos con el peso infinito de su humanidad, nos humaniza. Por todo esto es indispensable, si queremos llegar a Dios como hijas e hijos, a los demás como hermanas y hermanos, y a lo más auténtico de nosotros mismos, conocer la vida de Jesús de Nazaret.

Por eso, cuando iban desapareciendo los discípulos que lo conocieron desde los primeros tiempos de Galilea, incluso antes, cuando Juan bautizaba en el desierto, vieron la conveniencia, incluso la necesidad de poner por escrito lo que de su vida era paradigmático, subrayando a la vez lo que era más decisivo en la situación en la que se encontraban las comunidades. Así surgieron los evangelios, que, redactados por estas primeras generaciones de discípulos (los discípulos inmediatos de Jesús y sobre todo los que vinieron después), constituyen para todos los discípulos que hemos venido más tarde la referencia obligada, si queremos seguir a Jesús.

Seguimos a quien no está en este mundo: La inmediatez es ilusión. La relación es únicamente en fe

De este largo recorrido extraemos los siguientes elementos: a diferencia de los primeros discípulos, seguimos a quien no está aquí. Como Jesús no está aquí, no podemos seguir a Jesús según la carne. No podemos seguir a Jesús físicamente. Ya no es posible convivir con él como convivimos los seres de este

mundo. Por ejemplo, Jesús no nos va a hablar de sí mismo, de su vida pasada, de su misión ni de lo que tenemos que hacer en nuestro tiempo. Si cuando se le apareció a Pablo (última aparición de Jesús resucitado) no le dijo nada de esto sino que lo envió a Ananías para que él lo informara de todo, no podemos pretender nosotros una locución de Jesús sobre todos estos tópicos, como lo hacemos entre nosotros, que vivimos en este mundo. Por eso no podemos tampoco enterarnos del aspecto corporal de Jesús ni de sus gustos o aficiones.

La inmediatez de Jesús, que finge el pietismo, es una ilusión. Como Jesús no está aquí, no puede ser objeto de nuestros sentidos: no podemos ver, oír, ni tocar a Jesús. Es lo contrario de los primeros discípulos, como lo dice paradigmáticamente el comienzo de la primera carta de Juan: «Lo que vimos, lo que oímos, lo que nuestras manos palparon de la Palabra de la Vida (porque la Vida se manifestó y nosotros la percibimos) es lo que les anunciamos a ustedes». Nosotros no podemos decir eso.

Nosotros somos, en cambio, los destinatarios de la bendición del Resucitado, tal como la interpreta el cuarto evangelio: «dichosos los que creen sin haber visto» (Jn 20,29). Nuestra relación con Jesús es únicamente una relación de fe. Así lo dice muy expresamente también al primera carta de Pedro: «lo aman sin haberlo visto, ahora creen en él sin verlo, y se alegran con gozo inefable y glorioso» (1,8). Otra cosa es que esa relación, únicamente en la fe, pueda desencadenar reacciones emotivas. Pero hay que distinguir entre la relación en sí, que se da únicamente en la fe, y sus efectos, que pueden ser de extraordinaria felicidad, incluso corporal.

Sólo podemos seguir a Jesús en la obediencia habitual al Espíritu

Porque no está aquí, no lo podemos seguir tampoco según nuestros criterios. Los discípulos pudieron hacerlo porque, aunque disentían del Maestro, ni ellos se fueron ni él los echó. Hoy sólo se puede seguir a Jesús desde la obediencia habitual a su Espíritu. La inmediatez respecto a Jesús sólo se alcanza hoy a través de la obediencia al impulso de su Espíritu, que nos mueve a cada uno de un modo personalizado desde más adentro que lo íntimo nuestro.

Jesús da paso al Espíritu: «les conviene que yo me vaya porque, si no me voy, el Consolador no vendrá a ustedes y, si me voy, se lo enviaré» (Jn 16,7). Jesús, ya lo hemos dicho, se relaciona con nosotros atrayéndonos desde el seno del Padre con el peso infinito de su humanidad. Pero nosotros no podemos relacionarnos inmediatamente con él porque él no está aquí. Por eso no podemos

relacionarnos desde nuestros criterios. Sólo podemos relacionarnos con él a través del Espíritu. «Sólo en el Espíritu podemos decir a Jesús Señor» (1Cor 12,3). Es, pues, el Espíritu el que nos pone en la órbita de Jesús. Nosotros solos no podemos llegar a él.

Y ¿qué significa «en el Espíritu»? En la obediencia a su impulso que mueve desde más adentro que lo íntimo nuestro. La única relación inmediata con la comunidad divina es la relación con el Espíritu. No puedo llegar a Dios sino dejándome guiar por el Espíritu. Pero tampoco puedo llegar a los demás como hermanas y hermanos sino en obediencia a su impulso. La misma trascendencia hay en un caso que en el otro. Pero con esta peculiaridad, que la prueba que me certifica de que sí me relaciono con Jesús como mi Señor y con Dios como Padre materno es que me relaciono con todos los seres humanos como hermanos. Y la prueba de que me relaciono con ellos como hermano es que considero hermanos a los enemigos y que me pongo al servicio de los pobres para que salgan de su pobreza.

Es prueba porque, en efecto, Dios ha establecido su alianza incondicional con la humanidad a través de los pobres y Jesús es servido en ellos. Y porque Jesús ha muerto orando por sus enemigos y Dios ha escuchado su petición, porque no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva. Por eso no cabe una relación con Dios ni con Jesús que no pase por los pobres y que no incluya el perdón a los obcecados, en definitiva a los enemigos de los pobres, para que se conviertan. Dios no puede componerse con el dinero que se absolutiza como dios ni con el poder que se impone sobre los demás, que en definitiva está unido al dinero. Pero no por eso abandona a los esclavos del dinero y el poder. No se resigna a que no lleguen a ponerse al servicio de los pobres y lleguen así a su humanidad cabal.

El encargo de Jesús sigue siendo el Reino de Dios

Jesús resucitado no ha dejado atrás al Reino que él anunció e hizo presente. Está asociado definitivamente a él, porque en Jesús acontece la alianza definitiva entre Dios y la humanidad, pero esa alianza abarca a todos los seres humanos, a la humanidad como tal, a toda la creación y a la historia, que hoy por hoy es su punta de lanza. Por eso no cabe una relación intimista con él, en el sentido de una relación que se dé al margen de la causa del Reino, causa por la que murió Jesús, que es, no lo olvidemos, la causa de los pobres. Y es el Espíritu el que mueve, tanto a configurarse como hijas e hijos en el Hijo y hermanas y hermanos

en el Hermano universal, como a transformar las estructuras e instituciones, las reglas de juego y el modo de relacionarnos para que este mundo se vaya reconfigurando como el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Esto sólo es posible por la fuerza y la luz del Espíritu, que es el Espíritu de hijas e hijos de Dios, y de hermanas y hermanos en Cristo.

Pero simétricamente habría que insistir en que la entrega al Espíritu que no pase por el seguimiento de Jesús de Nazaret y el servicio al Reino, no es entrega al Espíritu de Dios. Corren parejas ambas desviaciones: el intimismo con Jesús prescindiendo de su seguimiento y la entrega a la causa del Reino, y el entusiasmo espiritual que desconoce a Jesús y el encargo que nos dejó.

Desde el comienzo se dio la tentación de una existencia espiritual, que dejaba atrás el seguimiento de Jesús. Así aparece tanto en la primera carta de Pablo a los corintios como en la primera carta de Juan. La consecuencia en ambos casos es la misma: el olvido del amor al hermano, sobre todo al necesitado, con todas sus exigencias.

Desde la baja edad media hasta el barroco se desarrolló una espiritualidad que se concentraba en la pasión del Señor, pero omitiendo su vida, que es la que explica por qué las autoridades lo hicieron sufrir de ese modo y lo exhibieron como el ejemplo de lo que no había que hacer ni ser. En no pocas personas esta concentración no impidió llegar intuitivamente a comprender que la pasión revela el pecado del mundo y correspondientemente la participación en la pasión del Señor conlleva la participación en la pasión de su cuerpo en la historia que son los pobres. Pero en otros llevó a un dolorismo estéril, que es una grave deformación humana. E incluso a blasfemar de Dios, representándolo como un señor como los de este mundo, pendiente sólo de su honor herido y exigiendo reparaciones tan terribles como las ofensas. De este modo nada importaba saber quiénes mataron a Jesús ni por qué lo hicieron, porque lo único que importaba es que murió por nuestros pecados; en ese sentido todos lo matamos, y tuvo que morir para satisfacer al Padre. Este horizonte se repuso en la restauración de la cristiandad, con un matiz siniestro: que la pasión actual de Jesús se debía a la prevaricación del mundo moderno que, como Lucifer, se había rebelado contra Dios, al sacudirse la tutela de la institución eclesiástica, como de los demás poderes tradicionales. De esta pasión y de sus frutos participamos en el santo sacrificio de la Misa.

Frente a esta desviación, un grupo muy significativo de teólogos, singularmente latinoamericanos, ha venido insistiendo en la centralidad de la referencia a la vida de Jesús, sin la que no se puede explicar su muerte ni

acceder a su sentido. Nosotros somos invitados por él a seguir su vida luchando con su Espíritu por el Reino de Dios. La pasión, de un modo u otro, como en el caso de Jesús, vendrá por añadidura.

Y, en efecto, la pasión que vino a la Iglesia latinoamericana que se puso a seguir históricamente a Jesús se pareció tanto a la de Jesús, que asustó a muchos, sobre todo de la institución eclesiástica. Si cuando recién se había superado la oposición con el mundo moderno y más concretamente con el orden establecido y la institución eclesiástica había obtenido carta de ciudadanía, esta manera de concebir el cristianismo y sobre todo de practicarlo traía de nuevo la sospecha, la denigración e incluso la persecución, había que desmarcarse de una espiritualidad, una práctica pastoral y una teología que ponía en peligro la existencia pública de la Iglesia. Tomada esa decisión, inconscientemente se retomó el pietismo y la concentración en el sacrificio de la cruz y la misa que lo actualiza.

Seguir a Jesús como proseguir su historia

Hemos insistido con la mayor energía posible en que seguimos como discípulos a quien no está aquí y que por tanto seguirlo es proseguir su historia con su Espíritu. Esto significa que el seguimiento es no una relación sino una correlación: Jesús es a su situación como la Iglesia primitiva a la suya, como nosotros a la nuestra. Como la correlación ha de mantenerse y son distintas las situaciones, seguir a Jesús no puede equivaler a imitarlo. El seguimiento es creativo, la fidelidad debe ser inventada. Para recordarnos lo que hoy es pertinente de lo de Jesús y para que nosotros acertemos con lo que es equivalente hoy, nos otorgó Jesús su mismo Espíritu. Como hemos insistido, seguimos a Jesús obedeciendo el impulso de su Espíritu.

Esto significa que para seguir a Jesús no basta con conocer su vida y el seguimiento de las primeras comunidades tal como se nos aparece en el Nuevo Testamento. Es además imprescindible conocer nuestra época. Esto es lo que pretende saltarse el pietismo. El conocimiento de la época es necesario para ser fieles a Jesús y no sólo para vender bien nuestro producto. Pero no es un conocimiento neutro, que además no existe. Tenemos que conocerla desde dentro por exigencia del principio jesuánico de encarnación. Desde dentro significa solidariamente. Pero la solidaridad excluye la pertenencia acrítica, excluye que nos definamos como miembros de conjuntos. Aunque pertenezcamos a ellos, no podemos definirnos por ellos, no podemos vivir dentro de ellos con una fidelidad absoluta. Desde la consagración a Jesús, la solidaridad se da desde su paradigma

humano. Además, jugar las reglas de juego excluye la solidaridad ya que significa, por el contrario, competir dentro de ellas. Así pues, el compromiso solidario con nuestra época y sociedad es condición indispensable para seguir a Jesús.

Proseguir la historia de Jesús es una comprensión del cristianismo incompatible con la del pietismo, que desconoce el sentido que pueda tener proseguir su historia, que piensa, por el contrario, que la historia salvífica ya se ha concluido sustancialmente con la muerte de Jesús acogida por Dios, y que cree, por consiguiente, que la propuesta cristiana consiste en aplicar los méritos de Jesús y que eso tiene lugar sobre todo en la Santa Misa. En esta versión del cristianismo la condición de discípulo no tendría mucho sentido. El cristiano sería más bien el iniciado a este misterio de salvación, no el que contempla en los evangelios a Jesús vivo, a sus palabras y acciones, para hacer hoy lo equivalente como enviado suyo, con la luz y fuerza de su Espíritu.

Jesús es servido en los pobres

Pero con la misma energía con la que hemos asentado que seguimos a quien no está aquí y por eso seguirlo es proseguir su historia con su Espíritu, tenemos que decir ahora que el que no está aquí nos ha dejado signos vivos de su presencia, que analógicamente podemos llamar sacramentos. Con eso no estamos anulando lo dicho hasta aquí porque estos sacramentos son presencia real en la ausencia real. Porque Jesús no está en persona, se ha quedado en sacramentos. La presencia sacramental es presencia simbólica. La presencia simbólica es presencia real, pero en el símbolo. Esto es lo que desconoce el pietismo. Como también lo desconoce el secularismo, que no es lo mismo que la sana secularidad o la mundanidad, que el Vaticano II afirmó como ámbito cristiano.

Lo primero es proseguir la historia de Jesús con su Espíritu. En eso se juega sobre todo la fidelidad del discípulo. Pero para ayudarnos a proseguir precisamente su historia y no a sustituirla en su nombre, ha querido quedarse de diverso modo en éstos que hemos llamado sus sacramentos. Los sacramentos de Jesús (no hablamos de los de la Iglesia) son cuatro. Los cuatro mantienen un orden real. Cada uno es más denso que el anterior porque lo contiene. Si no lo contiene, no es sacramento. Por eso el último es el más denso, pero a su vez el más exigente porque debe contener a los otros tres.

El primer sacramento son los que tienen hambre y sed, los que no tienen ropa, los que no tienen casa (los emigrantes), los enfermos y encarcelados. Si el sacramento es presencia real en la ausencia real ¿en qué sentido está Jesús

en ellos? Nada se dice de la presencia absoluta de Jesús en ellos. Nuestra relación con ellos es relación a Jesús: lo que hagamos o dejemos de hacer con ellos lo hacemos o dejamos de hacer a Jesús. Y de eso depende nuestra suerte eterna (Mt 25, 31-46). Jesús los llama «mis hermanos más pequeños». Es claro que Jesús los sirvió fraternamente hasta el punto que ellos sintieron que él era de ellos y que por medio de Jesús Dios los servía. Desde ese punto de vista, el que hace con ellos lo mismo que Jesús, sigue a Jesús. Hasta aquí todo está claro. Pero Jesús dice mucho más. No sólo dice que él sirvió a los pobres y que el que lo siga debe hacer lo mismo que él. Dice además que el que los sirva lo sirve a él. La conclusión sería que él está en ellos. Por lo menos tenemos que retener que él es servido en los pobres.

El que sepa cómo tiene que servir a Jesús, sabe cómo tiene que servir a los pobres. Es obvio que a Jesús no lo va a servir meramente para que no se muera, para que sobreviva. No se lo va a servir tampoco desde arriba, dándose las de bienhechor. Se lo sirve desde abajo, ya que él es nuestro Señor. Así lo vieron y practicaron los santos. Así lo conceptualizaron también a veces, por ejemplo Francisco de Asís, Vicente de Paúl o Francisco de Sales, para quienes los pobres eran sus señores y los servían como a tales, o, más todavía, Pedro Claver que se definió a sí mismo como «esclavo de los esclavos para siempre». Ésta es la puerta estrecha para cualquier encuentro sacramental con Jesús.

Jesús en medio de la comunidad, en sus relaciones mutuas

Desde aquí se abre el segundo sacramento que es la comunidad cristiana. ¿Cómo está Jesús en ella? Está en medio de los discípulos (Mt 18,20). No en el centro de una circunferencia (ésta sería la presencia espacial que hemos negado), sino que está como el que los media. Está entre ellos. Si entre ellos no hay nada, si están meramente unos al lado de los otros, si no tienen relaciones mutuas, no está Jesús. Son las relaciones mutuas las que los constituyen como cuerpo de Cristo. No cualquier tipo de relaciones, por supuesto. Las relaciones en las que se hace presente Jesús son las que nos constituyen en condiscípulos: llevarse mutuamente, edificarse unos a otros, ayudarse, enseñarse, soportarse, corregirse, animarse, servirse, en suma, amarse unos a otros, los constituye hermanos en Jesucristo. En esas acciones, que son las que Jesús Maestro y Señor, desempeñaba con sus discípulos, está presente el mismo Jesús resucitado. Cuando obramos así, somos Jesús para los destinatarios de nuestra acción. Pero, como son acciones mutuas, somos mutuamente Jesús, o, dicho de otro modo, Jesús se hace presente en la acción recíproca. Quienes formamos el

cuerpo de Jesús somos nosotros a través de esas acciones que ejecutamos en obediencia al impulso del Espíritu. Pues bien, en esas acciones recíprocas se hace presente el Resucitado. De ese modo Jesús construye su Iglesia.

Ahora bien, si cada cual está meramente al lado del otro, buscando cada quien su mejoramiento espiritual o su contacto con Dios a través de la actualización del sacrificio de Jesús; si la Iglesia designa meramente el ámbito, tanto el ambiente físico como las ceremonias y culto, del que participa cada uno como individuo que busca su propia santificación, Jesús no se hace presente porque lo que caracteriza a esa multitud no son las relaciones recíprocas, que, si las hay, son meramente secundarias.

Tampoco Jesús está entre los discípulos, si esas relaciones se viven como un privilegio, si son relaciones cerradas, si ese ámbito que configuran es entendido como salvarse de su generación. No está Jesús porque la comunidad de condiscípulos que lleva su nombre ha sido constituida por él como sal, que no tiene ningún sentido fuera de la masa a la que sazona o como luz del mundo que sólo se enciende para que ilumine, para que vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre del cielo (Mt 5,13-16). Esto es lo que significa que la Iglesia tenga como función en los planes de Dios ser sacramento de salvación de todo el género humano, embrión de esa salvación, que en el designio de Dios es universal. Así pues, las relaciones mutuas deben ser abiertas.

En el designio de Dios que nos reveló Jesús, esta apertura universal pasa por el privilegio de los pobres. Una comunidad que no esté estructuralmente abierta a los pobres, en el sentido del primer sacramento, no es la comunidad de Jesús.

Según el evangelio la relación con Jesús a través de los pobres tiene prioridad sobre la relación categorial con él

Sabemos de estos dos sacramentos por el santo Evangelio. Según él, el primer sacramento acontece, aun sin saber que eso es así (Mt 25,39.44). En este texto, verdaderamente revulsivo, los que se salvan o se condenan, se salvan o condenan sin saberlo, por las relaciones que entablan. Son las relaciones las que los humanizan o los llevan al fracaso. El evangelio da cuenta de la trascendencia de esas acciones, de lo que se juega en ellas. Según este texto todos los seres humanos tienen relación sacramental con Jesús a través de los pobres.

Los que han oído hablar de Jesús y piensan que la relación con él se restringe a la relación categorial con él y en ese sentido restringido a su persona

(eso es lo que caracteriza al pietismo), van a sentir la frustración de que precisamente ese modo de entender y vivir el discipulado, restringido a la persona de Jesús, no satisfizo a Jesús. Dicho en el lenguaje de otro pasaje evangélico, Jesús desconocerá a los que, habiendo comido y bebido con él (habiendo, pues, celebrado todos los días la eucaristía), en la hora decisiva tienen que oír de él que no los conoce (Lc 13,25-27). No los conoce tampoco aunque hayan predicado y hecho milagros en su nombre (aunque hayan participado de su misión), porque los que obran el mal reducen la misión a mero proselitismo (Mt 7,22-23).

Es, pues, el evangelio el que establece la primacía de las obras sobre la fe, cuando se entiende ésta en el sentido restringido de confesarlo. Entendida la fe de esta forma recortada, afirma, en este mismo sentido Santiago, que de nada sirve la fe sin obras porque está muerta. Por eso arguye: «Muéstrame, si puedes, tu fe sin obras, que yo, por mis obras, te mostraré mi fe» (St 2,18).

Es la propia palabra de Dios, la que afirma la prioridad de las obras sobre el conocimiento expreso de la Palabra. Esto no significa que, pelagianamente, nos salvemos con nuestras fuerzas y por nuestros méritos. Significa sólo la prioridad de la obediencia al Espíritu, que nos lleva como a Jesús, a servir a los pobres, sobre la relación intencional con Dios o con Jesús, tal como se realizan en la oración privada o litúrgica.

Dicho de otro modo, significa la primacía de la relación con el Espíritu respecto de la relación con el Padre y el Hijo. La primacía se da porque la relación con el Espíritu es inmediata y por eso no cabe engaño. Siempre que se da una relación interpersonal en la que se da gratuitamente vida o esa vida es liberada, ahí está el impulso del Espíritu. Lo que habrá que averiguar bien es, si en efecto acontece la vida y la liberación; pero, si se dan, ahí está el Dedo de Dios, su Sello. Quien no lo reconoce así, tiene una falta tan absoluta de discernimiento que ha perdido completamente el *camino* de la salvación. En cambio, si habla mal del Padre o del Hijo, puede ser porque tiene imágenes falsas de ellos, y esto es siempre posible porque la relación con ellos es mediata: está mediada precisamente por las imágenes que nos hacemos de ellos (Mc 2, 28-30). Según nuestra terminología, esto expresa la prioridad del primer sacramento de Jesús sobre los demás.

Cuando se escucha la palabra con la determinación de ponerla por obra, es el maestro quien se proclama en ella

Pero establecemos esta prioridad porque, en efecto creemos que los

evangelios y el resto del Nuevo testamento y desde su perspectiva, la Biblia hebrea, son sacramento de Jesús resucitado. Así pues, para los discípulos los evangelios y el resto de la Biblia no sólo son libros que se refieren a Jesús. Son, sobre todo, libros a través de los cuales el Maestro mismo sigue hablando. No habla cuando los leemos para estudiarlos, cosa por otra parte indispensable. Habla cuando los leemos con fe, como discípulos. Sobre todo cuando la comunidad de los discípulos, que se llevan mutuamente y que acogen a los pobres, se reúnen para escuchar la palabra. Entonces las Escrituras son, igual que la Eucaristía, el pan de vida (*Dei Verbum* 21).

Quiero insistir en que los evangelios son sacramento de Jesús sólo cuando se da esta escucha primordial. ¿Qué entendemos por tal? Nadie escucha sin ideas previas, más aún sin deseos, inclinaciones y decisiones. Cuando nos ponemos a leer no empezamos de cero sino que estamos situados dinámicamente en la realidad. Se puede aceptar de entrada que este presupuesto desde el que leemos ha sido puesto precisamente por nuestra condición de discípulos. Sin embargo, si escuchamos como discípulos, ponemos todo esto delante del Maestro para que él lo confirme o lo modifique. Escuchamos como discípulos cuando no queremos que la Palabra nos diga lo que queremos oír, sino que lo que queremos con toda el alma es que seamos capaces de escuchar lo que ella nos quiera decir, así sea algo que nos contrarie profundamente. No es fácil, pues, escuchar como discípulos. En rigor sólo escuchamos como discípulos cuando nos definimos como tales, es decir cuando escuchar al Maestro para poner por obra lo que nos diga es para nosotros lo que más anhelamos, nuestra decisión deliberada. En este sentido primordial fue María de Nazaret discípula de su Hijo (Lc 1,38; 11,27-28), aunque en los evangelios no conste que siguió a Jesús en su vida pública. Si algo que queremos o poseemos tiene para nosotros más peso que la obediencia a la Palabra, no la escucharemos como discípulos.

La posición adquirida de prestigio por lo que tenemos y sabemos dificulta enormemente la escucha de la Palabra. Es claro en el caso de la riqueza y el poder. Pero no lo es menos, aunque con frecuencia nos pase desapercibido, en el caso de la ciencia sagrada. Si mi oficio es enseñar el *camino* de Dios en el nombre de Jesús, tenderé a pensar que ya me sé lo que me va a decir, y por eso, en vez de escuchar, trataré de recordar lo que sé al respecto. Para poner un ejemplo concreto, si he leído quinientas veces un pasaje evangélico, no es fácil que abra todo mi ser para escuchar esta nueva vez que se proclama. Es fácil que para mí la proclamación no sea ya palabra viva sino texto familiar y consabido. Entonces no escucho, no soy ya discípulo: soy maestro. He suplantado al Maestro y, como yo no escucho, llevo a los demás a que me escuchen a mí y

no al Maestro. Eso decía Jesús al bendecir a su Padre porque ha ocultado el misterio del Reino (que él estaba revelando) a los maestros de la ley y a la gente de Iglesia, y los ha revelado a la gente sencilla (Lc 10,21). ¡Qué difícil es que los clérigos, sobre todo los teólogos y escrituristas, nos creamos esta constatación de Jesús! Y ¡qué verdad es que cuando en una comunidad viva abierta a los pobres, y más aún en una comunidad de pobres, nos abrimos con toda el alma a la Palabra, «nuestros corazones ardían cuando él nos explicaba las Escrituras por el *camino*»! (Lc 24,32). Ese rescoldo que queda, nos certifica de su paso, que produce luz y calor. Son los compañeros de *camino* los que van hablando, son los condiscípulos quienes leen y comentan las Escrituras, pero, acabada la conversa, queda claro que ahí había estado presente el Señor como Maestro repartido en las palabras de todos, palabras que buscaban decir esa palabra de Dios y no quedar bien o confirmarse en su idea o postura vital.

La Biblia no es palabra de Dios cuando el estudiado enseña y los demás oyen: Sólo los condiscípulos escuchan al maestro

Después de lo dicho, resulta muy claro ver cómo este tercer sacramento se apoya no sólo en el primero, como hemos mostrado, sino también en el segundo. En efecto, si no hay relaciones mutuas sino que el dirigente de la comunidad es el sujeto y los demás son destinatarios, ¿cómo él va a escuchar a la Palabra que proclama y no exponer su ciencia, y cómo ellos van a escuchar a la Palabra y no a él, que es el que sabe? Cuando ésa es la situación de la comunidad, lo normal es que la Palabra se deje de lado y que su puesto lo ocupe el dogma y la moral, la doctrina cristiana y la conducta; pero, aun en el caso de que se glose la Palabra, esa Palabra no será ya sino confirmación de las ideas y propuestas establecidas por la institución o por la corriente a la que el dirigente pertenece.

En cambio, si los discípulos se sienten condiscípulos que se edifican mutuamente en la vida cristiana, si Jesús está entre ellos ¿cómo no van a ansiar su Palabra viva para que ilumine y dirija sus relaciones? Jesús entre ellos lleva a Jesús en la Palabra y la Palabra que es Jesús los lleva a una relación mutua más discernida y por eso más gratuita, más generosa, más humilde, en suma más trascendente.

Recibir la entrega sacramental del Señor para hacer lo mismo en la vida, da toda su densidad a la Cena del Señor

Esto nos lleva de la mano al cuarto sacramento que es la coronación de

los otros tres, si los contiene. En efecto, si una comunidad de condiscípulos que se edifica mutuamente y atiende sistemáticamente a los pobres como a su Señor y se reúne en torno a la Palabra para que ella guíe sus relaciones y convierta toda su vida en seguimiento de su Señor, celebra la Cena del Señor realizando la misma acción que él hizo la víspera de su pasión como el símbolo que compendia toda su vida ¿cómo no va a comulgar con él al compartir su cuerpo y su sangre, es decir su vida, que se entregaba a ellos y a todos, precisamente cuando era entregado? Si ellos se entregan la vida unos a otros como hermanos y hermanas y ponen toda su vida a favor de todos los seres humanos ¿cómo no va a ser la vida de Jesús esa vida que ellos tienen la capacidad de entregar precisamente porque la reciben de él?

Lo fundamental de este sacramento de la Cena del Señor es que él se nos da en el pan y el vino (como se había ido dando en persona a lo largo de su vida mortal, como sigue dándose al llevarnos en su corazón e interceder por nosotros ante su Padre ahora que como Señor está sentado a su derecha) para hacernos capaces de que hagamos nosotros lo mismo. Se nos entrega para que, convertido en vida de nuestra vida, lo entreguemos al entregarnos nosotros a los demás como él se ha entregado a nosotros. Nosotros podemos entregarnos como él, podemos hacer lo mismo que él, porque él en nosotros nos lo posibilita. De este modo cuando nos entregamos a los demás, hacemos memoria suya. La memoria consiste en hacer lo mismo, no sólo porque nos entregamos a otros como él se ha entregado por todos sino porque nos entregamos con él dentro, potenciados por su presencia en nosotros, transformados en él. Cuando hacemos lo mismo en la vida, tiene todo el sentido celebrar la Cena del Señor, es decir realizar este sacramento, actuar este símbolo. Pero a su vez, actuar el símbolo nos capacita para hacer en la vida lo mismo que hizo Jesús en la suya, y que simbolizó esa noche santa de despedida. Este es el círculo virtuoso del tomen y hagan lo mismo que se dice en la cena del Señor y se realiza en la vida y por tanto también en la Eucaristía.

Por eso, este sacramento es el que contiene de modo más denso la presencia del Señor, pero sólo si los contiene a los otros tres. Si no, como dijo Pablo a los corintios «ustedes no celebran la cena del Señor» (1Cor 11,20). Este caso, refrendado por la carta de Santiago (2,1-13), confirma la primacía del primer sacramento sobre el cuarto, pero complementariamente hay que decir que entrando por esa puerta, es cierto que la presencia de Jesús en la cena del Señor es la más densa porque, si en su realización concreta es un verdadero símbolo, las contiene a todas.

Si el discípulo es el que hace lo mismo que su Maestro y Señor, recibir al Maestro que se entrega sacramentalmente, capacita para seguirlo en fidelidad creativa arrojando la pasión hasta la muerte.

II Seguir a Jesús en América Latina hoy

Establecida la diferencia entre seguir a Jesús en su vida mortal y seguirlo después, estamos en condiciones de precisar los énfasis más necesarios en América Latina hoy y de insistir en la peculiar responsabilidad que le incumbe a la institución eclesiástica.

2.1 Aspectos epocales que vuelven perentorio el discipulado

Unos aspectos derivan de la manera de vivir el catolicismo en nuestra región, otros de la mundialización, como caracterización de la época en la que ha entrado la historia mundial, y otros de la necesidad de expresar institucionalmente el carácter multiétnico y pluricultural de nuestra región y de mediarlo simbióticamente. Entre los primeros destacamos los siguientes: la vivencia de un catolicismo que equivale a un cierto teísmo ya que no pasa por el seguimiento consciente de Jesús de Nazaret; el escándalo de que el único continente que se considera cristiano sea el de mayor desigualdad, lo que pone un serio interrogatorio sobre la calidad del catolicismo ambiental; y el hecho de haberse interrumpido la transmisión ambiental del catolicismo plantea del dilema de su desaparición o de la reevangelización personalizada

2.1.1 Catolicismo practicante no equivale a seguimiento de Jesús

2.1.1.1 Diferencia entre el que practica el cristianismo ambiental y el discípulo de Jesús de Nazaret, y relevancia de ser discípulo

Comenzamos asentando la pertinencia del tema del discipulado respecto del momento eclesial. En América Latina hay mucha gente buena religiosa, es decir que se relaciona con Dios y trata de seguir lo que piensa ser su voluntad. La mayoría de ellos se definen como cristianos, tienen una referencia a la persona de Jesús como el enviado de Dios para salvarnos y trata de cumplir con la Iglesia, con sus directrices o al menos con las que les parecen más trascendentes, asiste a la misa cuando hay algún motivo y, si puede según la normativa eclesiástica, se une con el Señor en la comunión. En la estimativa de la mayoría

de la gente religiosa de América Latina, ese modo de vivir se expresa ante todo en la relación de confianza y respeto con Dios y en la ayuda al necesitado y la buena relación con todos.

Este modo de vivir está animado por el Espíritu de Jesús y por eso Jesús está presente en él como Señor que es de la historia. Sin embargo, eso no equivale a ser discípulos de Jesucristo. Serlo supone escucharlo, escuchar de modo temático y explícito su palabra y poner por obra lo que dice, en definitiva seguirlo en el cumplimiento de la misión que nos ha encomendado, que es poner nuestra vida, como él puso la suya, al servicio del advenimiento del Reino de Dios. Como Jesús no está aquí, el modo de escucharlo no puede ser auricular: Jesús no habla hoy como un ser de este mundo a otros seres de este mundo. Escucharlo es contemplarlo en los evangelios para ver de un modo pormenorizado lo que él dijo e hizo en su situación y tener nosotros una relación equivalente con la nuestra.

Hay que reconocer que la mayoría de los católicos latinoamericanos no son discípulos en este sentido preciso. No lo son porque desde el comienzo hasta hoy no se entregaron los evangelios sino la doctrina cristiana, que omite, precisamente, la vida de Jesús. No se puede seguir a Jesús, en el sentido concreto de proseguir su historia, si no se sabe cómo vivió. Porque seguirlo consiste en habérselas en nuestra situación de manera equivalente a como él vivió en la suya, y no podemos establecer la equivalencia, si desconocemos su modo de habérselas en su situación.

Eso no significa que de hecho no lo sigamos. No sólo un cristiano que desconozca la vida de Jesús sino cualquier persona, aunque no sea cristiana, puede vivir de manera equivalente a la suya, si obedece al Espíritu que lo impulsa en su interior. No sólo puede sino que esto es lo decisivo y no el conocimiento temático, explícito, como hemos venido insistiendo. Pero no es lo mismo investir de hecho la humanidad de Jesús que llevar su nombre y hacer profesión de seguirlo después de conocerlo y convertirse a él. Esto último es en sentido estricto ser discípulo suyo. Un discípulo puede ser buen o mal discípulo, puede profanar el nombre santo que lleva o santificarlo. Ser discípulo no es automáticamente estar en *camino* de salvación. Es preciso en todo caso seguirlo de hecho. Eso vale para el que conoce a Jesús en los evangelios y para el que no lo conoce, pero se deja atraer por el peso infinito su humanidad y por el impulso del Espíritu.

No decimos que haya faltado todo tipo de conocimiento de los evangelios. Algo se habló de ellos en los sermones, en las pláticas y exhortaciones, y también se aludió en las oraciones, en los libros de devoción y en los ritos. Pero era un conocimiento demasiado focalizado en algunos episodios, sobre todo el

nacimiento y la pasión, y en todo caso descontextualizado y fragmentario. Sólo a raíz del concilio Vaticano II se lo comenzó a estudiar metódicamente y sobre todo entre nosotros la lectura orante comunitaria y las homilias bíblicas arrancan desde Medellín y Puebla. Hay que tener en cuenta que sólo en la segunda mitad de los años cincuenta se hicieron ediciones masivas de la Biblia en castellano y que sólo en nuestros días comienza a estar difundida entre los católicos. Por tanto la propuesta de ser discípulos de Jesús de Nazaret en el sentido específico en que lo estamos considerando es una novedad histórica en nuestra región.

2.1.1.2 Dificultad de leer discipularmente los evangelios y método para llevarlo a cabo

Pero hay que reconocer que esta manera de leer los evangelios para seguirlo es compleja y no exenta de dificultades. Ante todo exige superar la ilusión de la relación directa. No podemos leer los evangelios desde nuestro propio horizonte como si fueran libros contemporáneos, escritos en nuestro mismo ámbito cultural, porque, si lo hacemos así, hacemos decir a los evangelios lo que nunca pensaron decir. Los evangelios no están en nuestro horizonte cultural ni histórico. Pertenecen a otro tiempo y otra cultura. Por tanto la primera pregunta de nuestra lectura no puede ser qué nos dicen a nosotros. Hay que comenzar averiguando qué quisieron decir a aquellos para los que se escribieron.

Para ello tenemos que situarnos en su propio horizonte. Es ese horizonte el que nos va a decir lo que significan las palabras y las acciones, las relaciones que se entablan y cómo se estructura todo, en torno a qué principios y ejes dinamizadores. Empezando por lo más sencillo, las palabras, el problema no está en las que desconocemos, por ejemplo saduceo, celota, fariseo, sinagoga, holocausto y tantas otras. Al tener conciencia de nuestro desconocimiento, miramos a un diccionario o preguntamos a alguien que conozca su significado. El problema son las que creemos conocer, sin darnos cuenta de que su significado no es el mismo. Por ejemplo pureza, demonio, sacerdote, templo y otras más elementales como niño, familia, tributo y muchas más. Por ejemplo, cuando Jesús dice que si no se hacen como niños no entrarán en el Reino, lo que nos viene al pensamiento es la inocencia o la confianza de un niño, pero Jesús está refiriéndose a la falta total de importancia y poder, a que un niño en su época no contaba nada. Hoy por el contrario, un niño no sólo es muy valorado sino que se comporta no pocas veces como un verdadero dictador alrededor del cual giran sus padres. Si no soy consciente del horizonte de Jesús y no dialogo entre ambos horizontes, le hago decir al evangelio lo que no quiere decir.

Si quiero ser discípulo y por tanto leer el evangelio para escuchar al Maestro, necesito ser introducido a su horizonte. Tengo, pues, que realizar un *camino* que me exige una mediación, que puede ser una persona que me introduzca o un libro que me lo explique. Existen muchísimos materiales muy útiles, pero para que un lector del evangelio acceda a ellos tiene que existir en él la conciencia de que necesita entrar a ese mundo y que para eso no basta con el interés y deseo.

Aunque pueda parecer paradójico, en América Latina hay mucha más gente popular que se ha iniciado a ese mundo que en otros sectores sociales, ya que desde los años setenta son muchos los grupos populares de lectura orante comunitaria que se formaron bajo el impulso de Medellín y Puebla, y muchos de ellos prosiguen su andadura cada vez con más capacidad de discernimiento. Hay aquí una tarea pendiente para el grueso de los católicos. Además no se puede dar por asentado que los curas estén sin más capacitados para este acompañamiento cualificado. También ellos necesitan una puesta al día cualificada de la formación que recibieron y sobre todo un cambio de *actitud* para entrar en este *camino*. Es sano que el mayor número posible de laicos realicen este entrenamiento.

Pero ésta no es sino la fase preliminar para escuchar la Palabra. Lo fundamental es la determinación de que nuestra vida sea dirigida por ella. Con este acercamiento, digamos científico, y con esta *actitud* de obediencia (que significa precisamente escucha obsecuente), estamos en condiciones de contemplar la escena. Pero esta contemplación exige también un método.

Ante todo hay que comenzar por la situación inicial: dónde sucede la escena, cuáles son sus personajes, qué necesidades o deseos tienen y cómo se relacionan por ellos o por los papeles sociales preestablecidos. Desentrañada la situación que se presenta, estamos en condiciones de entender lo que empieza a suceder. Hay que preguntarse quién suscita la acción, por qué motivos; cómo reaccionan los demás personajes. Y finalmente cuál es el desenlace.

Este método se afina con el ejercicio ya que no es mecánico y exige una sensibilidad y cierta destreza porque es un arte. Pero todos lo practicamos cuando preguntamos a una persona porque queremos enterarnos de algo que ella ha presenciado y que nos interesa personalmente. Las preguntas que le hacemos van todas encaminadas a desentrañar ese suceso, a ponerlo delante de los ojos. Preguntamos para que la escena dé de sí. Tanto más preguntamos cuanto más nos interesa la escena. El hilo de las preguntas es el que hace

aparecer la trama. Si hay poco interés o poca sensibilidad humana, las preguntas se agotan pronto; si abundan, las preguntas fluyen hasta que todo quede completamente claro. Lo mismo pasa con una escena evangélica. Cuanto más yo quiera dirigir por ella mi vida, más certeramente preguntaré porque es más decisivo para mí.

Por esta razón ayuda mucho a ver más facetas de la escena y ver más profundo y más claro, el que la escena sea contemplada no por un solo discípulo sino por una comunidad de discípulos. Pero la condición es que todos estén contemplando como condiscípulos: si uno está como especialista, ya nadie contempla la escena sino que se le pregunta a él. Es una clase y no ya una contemplación, que es ese modo primario de orar a Jesús que estamos considerando.

Sólo cuando haya quedado claro lo que dice la escena, ha llegado el momento de cerrar la Biblia y regresar de Galilea o Jerusalén a América Latina y del siglo I al siglo XXI, y preguntarnos qué nos ha estado queriendo decir el Señor a través de esta contemplación. Entonces la Palabra, que había tomado la forma de una escena para ser contemplada, se hace voz actual que se dirige a cada uno de los discípulos y a la comunidad personalizada de condiscípulos como tal.

También en esta fase decisiva de la contemplación hay algunos indicios que nos hacen ver si realmente el discípulo escucha al Maestro y responde en fe o si lo que dice sale sólo de sí mismo. Si uno habla de lo que se le ocurre, habla mucho y habla de todo, sobre todo de lo que no le duele ni afecta personalmente; dicho de otro modo, omite la condición de paciente pastoral, y dice más bien ocurrencias para quedar bien o para salir del paso. Si lo que se habla es como respuesta a lo que el Maestro le ha estado diciendo, se habla desde lo más profundo, son palabras con peso, palabras que cuestan decir y que se dicen con sentimiento, con determinación de hacerlas verdad. Porque son palabras que le incumben a uno, que atañen a aspectos profundos de la persona, a nudos problemáticos de nuestra vida o a requerimientos profundos de Dios.

Ser testigo de esta respuesta en fe, en carne viva, es una de las fuentes más profundas de la auténtica fraternidad cristiana, del verdadero condiscipulado. Se recibe con inmenso agradecimiento esta revelación y se compromete uno a ayudar a que la persona mantenga fielmente su palabra.

La oración a Jesús sin la mediación de los evangelios es insuficiente para ser discípulo porque Jesús no nos va a decir al oído ni lo que él vivió en su vida

mortal ni lo que implica en cada momento su seguimiento. Tampoco es lo mismo ser discípulo suyo que «recibir en el santo sacrificio de la Misa los frutos de su redención». Él, después de resucitar, envió a sus discípulos a proseguir la misión que el Padre le encomendó. Esta misión es el reinado como *camino* para el Reino. Nosotros podemos seguirla porque él envió desde el Padre a su mismo Espíritu. Él nos capacita para abrirnos al Padre, confiar absolutamente en él y ponernos a su disposición para construir el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Este seguimiento en la vida histórica es el que se celebra en la Cena del Señor.

Como obstáculo para constituirnos como discípulos de Jesús está, pues, el desconocimiento de Jesús de Nazaret a través de los evangelios, leídos o escuchados discipularmente, es decir abiertos en principio a seguir lo que nos diga, aunque trastorne nuestros planes o se oponga a nuestra mentalidad y sensibilidad y a nuestro modo de relacionarnos. Este encuentro entabla un proceso de transformación radical, una conversión a fondo, que nos convierte en discípulos y transforma nuestras relaciones y nuestra posición en la sociedad.

Concluimos el punto afirmando que en nuestra región latinoamericana hay mucha gente buena y mucha de ella es religiosa y cristiana e incluso católica. Pero que ese modo de vivir, que está sin duda animado por el Espíritu de Jesús, no es lo mismo que ser discípulos de Jesús. Insistimos en que Jesús ha estado presente en América Latina de muchos modos. Pero que el discipulado exige la escucha del Maestro para proseguir su misión. La fuente de esta escucha son los evangelios, su contemplación en orden al seguimiento.

En rigor, si una persona vive en la atención permanente y la obediencia habitual al impulso del Espíritu (que mueve desde más adentro de lo íntimo de cada quien), sigue a Jesús de Nazaret, aunque no sepa que lo está siguiendo o incluso aunque desconozca que haya existido una persona con ese nombre. Así pues, lo absoluto es vivir atentos al impulso del Espíritu y seguirlo. Pero también hay que decir que ayuda sobremedida, tanto a reconocer el impulso del Espíritu distinguiéndolo de otros impulsos como a desear seguirlo, conocer íntimamente a Jesús por la contemplación discipular de los evangelios. Si conocer a una persona excelentísima ayuda, incluso es la única puerta para quererla y para desear parecerse a ella, mucho más ocurre con el conocimiento de Jesús, tanto porque es el ser humano más excelente, como, más todavía, porque en la contemplación discipular de los evangelios no somos sólo nosotros los que contemplamos a este personaje histórico sino que él se hace sacramentalmente presente.

Por eso insistimos en la relevancia de la contemplación discipular de los evangelios para el seguimiento. Claro está que la condición es que mientras

contemplamos nos definamos como discípulos, es decir como personas que están dispuestas a cambiar lo que sea de sus personas, de su modo de vivir, de sus relaciones, para adecuarse a lo que el Señor les vaya diciendo. Esta apertura incondicional es lo que se llama la relación de fe. Esta *actitud* tiene que darse como *actitud* de fondo. Aunque con el tiempo, por la práctica de la obediencia, se vaya afinando y haciéndose más integral e incondicionada.

Si se da esta actitud, la mente se abrirá y llegaremos a captar lo que el Señor quiere de nosotros. Pero si esta *actitud* no lleva la voz cantante porque estamos aferrados a nuestros modos de ver, sentir y tratar, sobre todo en materia religiosa, no se nos abrirá el pasaje que contemplamos. Es preciso abrir el corazón para que se nos abra la mente. En el fondo, si no se es pobre de espíritu, no se pueden leer discipularmente los evangelios. Y es más difícil que lo sea un no pobre que un pobre, y uno que no se tiene por especialista en materia de religión que quien es tenido y se tiene por tal.

Con esto creemos haber mostrado la extremada conveniencia de que mediante la lectura discipular de los evangelios nos vayamos haciendo discípulos de Jesucristo en América Latina hoy, y la novedad de esta propuesta.

2.1.1.3 Para seguir a Jesús hay que encarnarse solidariamente en nuestra situación

Pero para seguir a Jesús no basta la lectura discipular de los evangelios. Como ser discípulos es tener hoy una relación con nuestra situación equivalente a la que él tuvo con la suya, es también imprescindible conocer nuestra situación y sobre todo conocerla por dentro, es decir por estar encarnado en ella solidariamente como lo estuvo Jesús, es decir desde abajo, desde la perspectiva de los sobreexplotados y excluidos y desde una relación sistemática con ellos, de tal modo que algunos de ellos formen parte de nuestro grupo de referencia y que ellos nos consideren a nosotros como de los suyos, es decir que se dé una verdadera alianza.

Saberse formando parte de la única humanidad y aceptarlo no como una fatalidad sino como lo que uno quiere y elige desde el fondo del corazón y pertenecer a esta humanidad desde los que están abajo, capacita para conocer con verdad la situación y para relacionarse con ella como se relacionó Jesús: buscando incondicionalmente la salvación del conjunto y ligándola a la salvación de los de abajo.

Esta postura, como la de Jesús, es crucificante porque los que diseñaron y dirigen y se benefician de la dirección dominante de esta figura histórica, sacrifican a ella la vida de las mayorías. Por eso, querer el bien de todos, también el de ellos, y unirlo indisolublemente al de las mayorías empobrecidas y excluidas, es resultar sospechosos de deslealtad a los de arriba que no creen que nuestra propuesta es buena nueva para ellos porque no captan el precio de inhumanidad que están pagando para mantener las reglas de juego vigentes. Pero mantener la propuesta de buena nueva para ellos, aun con el precio que tienen que pagar, también es exponerse a ser tachados de no querer jugárselas, por los que sólo conciben la salvación de las mayorías en el hundimiento de los que están arriba. Los primeros sólo ven posible la vida en las reglas de juego actuales y los otros en las reglas opuestas. Nosotros buscamos otro horizonte superador en el que pamos todos, haciendo también sacrificios todos. Para nosotros, desde nuestra condición de discípulos de Jesucristo, es irrenunciable considerar hermanos a todos y tratarlos como tales y no borrarlos nunca del corazón, incluso a los enemigos, que son los enemigos de los pobres, pero también es irrenunciable la propuesta de que sólo se llega a la fraternidad universal desde el privilegio de los pobres. Como hermanos de Jesús los pobres son los preferidos. Y esto tiene consecuencias muy concretas. Que muchas veces son extremadamente costosas, pero que llevan a la verdadera alegría. Son el *camino* de las bienaventuranzas que proclamó Jesús.

2.1.2 *El catolicismo ambiental no tiene calidad cristiana*

2.1.2.1 *¿Existe discipulado en un continente ambientalmente cristiano y el de mayor desigualdad del mundo?*

Si vivir desde lo que podemos llamar la ecuación del seguimiento es muy útil y casi necesario para cualificar el seguimiento de cualquier cristiano de buena fe que trata de vivir consecuentemente su cristianismo, es mucho más necesario, aunque se haga mucho más cuesta arriba, para muchos que se consideran cristianos en nuestro continente.

La región latinoamericana es la única del mundo, después de la defección de Europa, que es aún ambientalmente cristiana. Lo es en cuanto que es plausible la referencia social a personajes, símbolos, ritos, fiestas, conceptos y preceptos cristianos, es decir que la gente entiende de qué se habla y en principio lo acepta como referencia axiológica, como valor, como aspiración, incluso como parámetro. Lo paradójico, incluso lo escandaloso, es que esto coexista con el

hecho de que este continente católico sea también el que tiene mayores desigualdades, incluso en el caso de los países que se desarrollan económicamente (es el caso por ejemplo de México, Brasil, Perú, Colombia, y sobre todo Chile) sin que se acorte esa brecha.

Si, según lo que opinan los mismos latinoamericanos, la expresión primordial del cristianismo es el amor a los pobres, si éste es un principio que se mantiene como mentalidad y sensibilidad ¿cómo es posible que tanta gente que se considera cristiana desconozca de manera tan brutal, tan sistemática, tan institucionalizada, al hermano necesitado? Se pueden entender los pecados de debilidad, pero éste tan generalizado de endurecimiento del corazón, es más difícil de entender en una sociedad que aún se dice cristiana. Es cierto que entre las élites económicas se da un proceso acelerado de secularismo en el sentido de olvido, no sólo práctico sino incluso teórico, del horizonte cristiano. Pero también lo es que no pocos de ellos se consideran a sí mismos como católicos prácticos, incluso católicos organizados para vivir consecuentemente su cristianismo. Este hecho indiscutible nos lleva a la consideración de que hay un tipo de práctica católica y un tipo de devociones y organizaciones católicas que no sólo nada tiene que ver con el discipulado que hemos considerado sino que lo excluye.

2.1.2.2 *Urge hacer un deslinde*

Urge, pues, hacer el deslinde entre el discipulado de Jesús de Nazaret, tal como lo venimos explicando y un modo de vivir el cristianismo, que coexiste con la insensibilidad ante las reglas de juego que mantienen o agrandan la brecha entre pobres y ricos y hasta con la explotación y sobreexplotación de los pobres. Urge clarificarse porque esa versión del cristianismo, que desconoce su seguimiento, es apoyada por sectores de la institución eclesial, y este sentido de pertenencia a grupos y organizaciones bendecidas por la Iglesia, se vive como un aval que contribuye a aquietar esa conciencia, y hasta es buscado consciente o inconscientemente para ese fin, por no decir ese negocio, de seguir unas reglas de juego, absolutamente opuestas a la causa de Jesús y sentirse sin embargo cristiano. Ser cristiano no es cumplir con lo que dice un catecismo y asistir a actos culturales. Es proseguir la historia de Jesús, que es una historia de encarnación kenótica como única vía hacia la fraternidad universal efectiva. Es hacerse cargo solidariamente de los otros y de la historia, desde la perspectiva de los de abajo, desde la alianza concreta con ellos. Esta *actitud* de fondo es más exigente que cualquier casuística ya que implica vivir abierto, vitalmente

abierto a los demás, sobre todo a los otros, a los distintos tenidos como inferiores y a los de abajo.

No pretendemos que por el hecho de constituirmos en auténticos discípulos se va a solucionar el problema de la desigualdad de la región. Son precisas muchas mediaciones, y captarlas, consensuarlas, hacerse con ellas y transformar tantas distorsiones en tantos frentes es una tarea en cierto modo inacabable. Lo que me parece incompatible con la condición de discípulos es no plantearse hasta el punto de apostar la vida por ello. No digo que en nuestra región no se estén llevando a cabo esfuerzos sesudos y tenaces. Pero no me parece que se esté poniendo en ello una parte fundamental de la realización cristiana. Ni tampoco que ésta sea la propuesta práctica de la mayoría de la institución eclesíástica.

Es un escándalo que en América Latina tengamos prácticamente excomulgada a la mayoría popular, en el sentido literal de la palabra de que les neguemos la comunión, mientras no nos tiembla el pulso de dársela a los hambreadores del pueblo, a los que, por cerrar su corazón a los necesitados, están muertos, no tienen *vida eterna* y han rechazado el amor de Dios. ¿Podemos llamar a este estado de cosas un verdadero discernimiento cristiano? Peor aún ¿no es cierto que ellos nos dan dinero para nuestros proyectos y por eso los llamamos bienhechores, cuando son los que usufructúan una situación de pecado? Una institución eclesíástica que no esté situada en el lugar social de los pobres o por lo menos del pueblo y que no lo tenga a él como el grupo fundamental de referencia ¿está en condiciones de hacer un discernimiento cristiano? ¿Puede leer discipularmente el evangelio?

A los cristianos y a la Iglesia Latinoamericana nos cuadra lo que dice el Señor a su pueblo por boca del profeta Ezequías: «Por causa de ustedes mi nombre es blasfemado. Con su proceder inicuo han profanado mi nombre santo» (cf 36,17-19). Si nuestro continente es el único que lleva el nombre de cristiano y es el más injusto ¿qué valor humanizante tiene una religión que coexiste pacíficamente con ese estado de cosas, más aún una religión cuyos adherentes causan y mantienen una situación tan inhumana? ¿Qué pensar de unos pastores que, en vez de poner el grito en el cielo advirtiendo a los injustos para que se arrepientan, se han callado o se han limitado a pronunciamientos genéricos completamente inocuos? (cf Ez 33,1-9).

Pablo VI dedicó el discurso de clausura del Concilio Vaticano II al valor religioso del concilio. Decía: «Ustedes, humanistas modernos, que renuncian a

la trascendencia de las cosas supremas, confiéranle siquiera este mérito y reconozcan nuestro nuevo humanismo: también nosotros -y más que nadie- somos promotores del ser humano» (n° 8). Al hablar de nuevo humanismo se refería al texto de la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual: «nace un nuevo humanismo, en el que el ser humano queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia» (GS 55). Si éste es el parámetro para medir la calidad de la religión cristiana ¿dónde queda el cristianismo en América Latina?

La calidad del cristianismo no se mide por el moralismo en la vida familiar, el cumplimiento de devociones y prácticas religiosas y la adscripción a una institución católica sino por la apertura concreta al hermano, corresponsabilizándose de él y, desde esa apertura originaria al otro, por responsabilizarse de las estructuras e instituciones, que significa hacerse cargo de ellas para que sean cauces de equidad, participación y dinamismo. Esta doble responsabilidad es la que traduce hoy el horizonte del Reino, que es el horizonte del discípulo de Jesús de Nazaret. Todos los días pedimos en el Padrenuestro que el Padre santifique su nombre a través de nosotros. Eso significa que los que llevamos su nombre nos comportemos como verdaderos discípulos de su Hijo en esta sociedad de pecado, oponiéndonos con todas nuestras fuerzas a los mecanismos que causan tanta sobreexplotación y exclusión.

Si América Latina está en situación de pecado, y lo está hoy mucho más que en el tiempo de las conferencias de Medellín y Puebla, proseguir la historia de Jesús tiene el mismo costo que tuvo en el Maestro y en los discípulos de esa hora latinoamericana, cuando sólo en tres décadas hubo en nuestra región más mártires que en los cuatro siglos del imperio romano, sólo que entre nosotros, y ahí radica el escándalo, los asesinos se decían cristianos. Al comenzar el siglo XXI el dominio de los de arriba es tan completo que la muerte a la que condenan no es ya la desaparición física (que se sigue dando sin embargo) sino el ostracismo, la invisibilidad pública, la sistemática negación de recursos, la exclusión.

Por eso mi temor, que Dios quiera que resulte fallido, es que la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano opte por esos grupos y movimientos de doctrina cristiana, disciplina y prácticas culturales, a los que nos hemos referido, y que los equipare al discipulado, y que promueva una gran misión para captar más adeptos a este mundo devocional y moralista sin evangelio, sin seguimiento histórico.

2.1.3 *Ya no se trasmite ambientalmente el catolicismo*

2.1.3.1 *El discipulado, única oportunidad de recristianización de la región por haberse interrumpido la transmisión del cristianismo*

Pero la necesidad de plantear una Iglesia de discípulos deriva también de otra razón perentoria: se está presentando cada vez más aceleradamente el fenómeno de la solución de continuidad en la trasmisión ambiental del cristianismo. Se está levantando una generación con muy pocas referencias cristianas y sin una primera evangelización. Cada vez se encuentra uno a más adolescentes que no sólo no saben nada de cristianismo sino que no han sido iniciados a él por ninguna de las formas por las que eso acontecía tradicionalmente: ni por el catecismo de primera comunión ni por la participación en fiestas religiosas populares ni por la práctica de alguna devoción ni por la cercanía de alguna persona que le haya informado básicamente, le haya introducido en la relación con el mundo divino y le haya dado criterios de conducta que dimanen de esta relación.

Como hay pocos agentes pastorales y la mayoría de ellos viven atendiendo a la demanda establecida, se les pasa desapercibido este fenómeno que va en aumento exponencial. Como sigue existiendo clientela, no se quiere ver que cada vez son más los que no se sienten concernidos por el fenómeno cristiano. Dos indicios de la novedad y hondura del fenómeno son el que se da *cada día* más en la educación católica y en familias cuyos padres son fervientes católicos. En la educación católica, como en las parroquias, se sigue partiendo del hecho de que de entrada los alumnos son católicos. Y ese hecho no puede darse ya por supuesto. Por eso, como se da por supuesta la primera evangelización, lo que se da sobre esa base que no existe, cae al vacío. Los alumnos no dicen nada porque lo que se les da sobre cristianismo lo ven como un peaje que hay que pagar para tener el derecho de estar en un plantel cuya educación se valora. Pero cuando se egresa, a lo más, quedan valores, como la disciplina de trabajo, la honradez y la solidaridad; pero no hay rastros de una relación con el mundo divino ni una referencia a la comunidad cristiana. Lo mismo pasa en la familia. Muchos padres creen que, como pasó en su caso, para ser iniciados sus hijos en el cristianismo es suficiente con el ejemplo, y, en efecto, a los hijos les queda el ejemplo de sentido del bien y entrega generosa a los demás, sobre todo a los pobres, pero nada de las referencias cristianas que fueron para sus padres la fuente constante de esas actitudes.

Una acumulación de factores diversos da cómo resultado que en un momento determinado cambia el horizonte. Es lo que está pasando en América Latina hoy. Queda como remanente en muchos adultos la referencia cristiana,

pero puede ser la última generación que la tenga. Como la institución eclesiástica ha estado lucrándose de esta referencia, por ser los representantes de un fenómeno que daba el tono al continente, les resulta muy cuesta arriba hacerse cargo de que en poco tiempo pueden pasar a ser personas particulares, y van a dejar de ser personas públicas, y por eso se niegan a plantearse el problema.

Bastantes creen que el auge de la religión va a devolverles la relevancia. Por eso no pocos párrocos están tentados a cambiar la oferta y adecuarla a la demanda. No caen en la cuenta de que en un mercado religioso tan refractado, muchos usuarios, como en los demás campos, buscan por sí mismos lo que más se les adecuaba sin ninguna referencia institucional y menos aún sin ningún sentido de pertenencia. La religión posmoderna no pasa por macroinstituciones ni por afiliaciones estables. Busca experiencias y las busca donde las encuentre, ya que para muchos lo decisivo es la experiencia y no la relación trascendente personalizadora. Sin embargo, ávidos de retener la clientela, no pocos miembros de la institución eclesiástica, no quieren verlo. Por eso decíamos que temíamos que la conferencia de Aparecida opte por fomentar estos grupos, confiriéndoles el estatus de discípulos que no tienen, y confundiendo en parte este fenómeno con el de la necesidad de conectar con lo sagrado de no pocos que han perdido el sentido, precisamente por su adaptación al mercado en la versión totalitaria actual, y buscan ese sentido de modo compensatorio, es decir sin renunciar a esa inserción social.

2.1.3.2 Al individualismo no se lo supera con el comunalismo sino desde la libertad liberada del sujeto que construye comunidades y regenera el tejido social

Creemos que esta situación no hay que mirarla como una catástrofe, de manera que nos agarremos a cualquier sucedáneo sin discernimiento, sino que, llenos de fe en que Jesús de Nazaret es el Señor de la historia, la tenemos que asumir como una ocasión, en el sentido denso de un *kairós*, de una oportunidad salvífica dada por Dios, para una reevangelización a fondo de la región.

Ésta debe hacerse como en la primitiva Iglesia: uno a uno. Ya pasó el ciclo que abrió Teodosio en el siglo IV y fue proseguido en la edad media hasta llegar a nosotros, a América, en el siglo XVI. Este ciclo de los pueblos, representados por su líder, que eran el verdadero sujeto, que relegaba a la mayoría a la condición de meros miembros del grupo, del que recibían las posibilidades y las limitaciones, está acabando agotado, entre nosotros.

En esta nueva época ha nacido el individuo con una densidad que antes no tenía. Debemos ver este fenómeno como un paso más en la evolución creadora, que va en la dirección de que los núcleos sean cada vez más densos, autorregulados y por eso autónomos, y a la vez las redes cada vez más densas y configuradoras.

Tenemos que convencernos de que no hay otro *camino*. Al individualismo ambiental no se lo supera con el grupalismo o el comunitarismo o, peor aún, con el comunismo o el colectivismo. Estas alternativas no son superadoras porque se limitan a ser el otro polo del mismo horizonte, tan insuficiente como el individualismo. Lo contradictorio y por ende superador ha de arrancar del propio individuo. Es el individuo el que está llamado a constituirse en verdadero sujeto humano ejercitando la libertad, no sólo la libertad de coacción sino la libertad para salir de sí de manera que se consiga en el otro. Ese sujeto humano es el que ha de reconocer libremente los lazos que lo constituyen en persona: la religación originaria con Dios, que lo constituye en criatura y más aún en hija o hijo suyo, y, consiguientemente la aceptación del otro como verdadera hermana o hermano.

Ésta es la propuesta evangelizadora: esto es lo que entraña la buena nueva de Jesús de Nazaret. Sólo reconociendo la individualidad libre y ayudando a liberar esa libertad, podrá llegarse a los demás, tanto en el cara a cara como en los lazos comunitarios y societales. Cualquier otro *camino* que no respete la libertad y conjuntamente que no la ayude a liberarse, no tiene suficiente dinamismo, ni para constituir al sujeto ni para lograr cuerpos sociales adultos e incluyentes. En esta situación latinoamericana y mundial la propuesta del discipulado que venimos desarrollando es la única que puede refundar el cristianismo en nuestra América. Y lo es, porque es la única que hace justicia a la vez al ser humano latinoamericano y al misterio cristiano.

Esta propuesta es la superación dialéctica, tanto de la situación actual en la que la Iglesia, que adopta la figura de una macroinstitución, es representada por la institución eclesiástica, que da bienes y servicios religiosos y sociales a receptores asiduos o esporádicos con la ayuda de colaboradores, como de la propuesta que parte de la comunidad y que concibe la parroquia como comunidad de comunidades. Nosotros pensamos que lo más radical no es la institución ni la comunidad, y hoy menos todavía. El discípulo se hace tal por una llamada personal. La respuesta a esa llamada lo constituye en sujeto humano pleno, si la llamada mantiene los rasgos jesuánicos de solicitud de la libertad y liberación y potenciación de la libertad que son la marca del Espíritu. Sólo discípulos así constituyen comunidades de condiscípulos, comunidades personalizadoras y abiertas.

2.1.4 *Los discípulos como sujetos humanos que propicien una mundialización alternativa*

2.1.4.1 *La globalización en América Latina*

Pero además la necesidad de promover el discipulado deriva de la dirección dominante de esta figura histórica, que enfila todas sus baterías hacia la desaparición del sujeto humano para que los seres humanos nos definamos como miembros de los conjuntos establecidos y nos movamos según las reglas de juego que ellos idearon para su provecho y usufructúan.

Es crucial distinguir entre esta figura histórica y la dirección hasta hoy dominante. La época se define por la mundialización, aunque pensamos que en el futuro se verá que su elemento más novedoso y decisivo es la revolución genética. Lo más patente es que todo el mundo está presente a todo el mundo y no sólo como espectáculo a través de las pantallas (todavía desde la óptica occidental) sino por la interconexión interactiva de internet y las alternativas que se van construyendo. La conexión en línea es en sí misma abierta y por tanto fundamentalmente democrática. Ésta posibilidad ha de ser asumida como órgano normal de comunicación y expresión, si queremos pertenecer a esta época y caminar efectivamente hacia una democracia planetaria. Es ingente el *camino* que queda por recorrer, pero esa herramienta posibilita hacer efectiva la fraternidad universal, que hace décadas era sólo en el mejor de los casos un buen deseo o un *camino* demasiado largo y mediatizado. Claro está que una herramienta no produce democracia ni fraternidad, pero la hacerlas plausibles, suscita el deseo de caminar hacia ellas.

Ahora bien, los primeros que tomaron la delantera en llegar a todos los rincones del planeta fueron las corporaciones transnacionales y el capital financiero. Ellos han cooptado hasta hoy las instituciones, incluso las políticas, y por eso el sesgo excluyente, sobreexplotador y deshumanizador que ha tomado esta figura. Pero, si sabemos discernir, no podemos renegar de ella sino sólo de su dirección dominante y así con los medios que ella nos brinda y apoyándonos también en mucho valioso preterido, podremos cambiar la dirección.

Veamos, pues, el modo como afecta a nuestra región el fenómeno de la globalización, que no comenzó, obviamente en ella. Comenzaremos asentando dos constataciones: la más global es que la mayoría de la región está descolgada del fenómeno (con lo que tiene seriamente comprometido su porvenir, incluso su subsistencia), ante todo por falta de capacitación científico técnica y en el fondo

porque no se ha diseminado una educación y una cultura de la competencia personal y de la competitividad social. Necesitamos crecer mucho más en estos aspectos.

La política marcha en general tan mal porque los políticos, en vez de entenderse a sí mismos como los que propicien y gerencien esta transformación, entienden el acceso al poder como el acceso a una fuente de recursos, es decir que viven la política, como se vivió en el siglo XIX, como el acceso privado a recursos públicos, es decir no conseguidos por ellos. Tomar el poder es el cortocircuito para acarrear recursos económicos, cuando no se quiere hacer el esfuerzo prolongado y complejo de capacitarse constantemente. Eso sucede a todos los niveles de la administración del Estado, que por esa razón están politizados y no se ajustan a parámetros de meritocracia.

Pero la corrupción evidencia también que muchos empresarios, que son los que corrompen, prefieren obtener ganancias por el cortocircuito del privilegio, antes que emprender el *camino* costoso de reestructurar sus empresas para que aumente la productividad y sean competitivas. También en este sentido tenemos que decir que todavía nos falta crecer mucho, crecer hasta establecer unas reglas de juego dinámicas que propicien estas oportunidades para todos, es decir ante todo para los de abajo y terminen con los privilegios infecundos.

Pero la segunda constatación es que la mayoría de esa minoría que ha logrado subirse al carro de la globalización no ha crecido en humanidad ya que se han plegado al esquema dominante que sobreexplota y excluye a las mayorías y por eso los deshumaniza a ellos mismos y que además los unidimensionaliza, al reducirlos a la condición de productores y consumidores.

Pero lo peor es que, aunque vayamos perdiendo la carrera de clasificar como productores competitivos en la globalización, eso no significa que sus distorsiones no hayan entrado en la región, tanto la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, como la precariedad del empleo, la exclusión de las mayorías y el consumismo, entendido como el consumo de lo publicitado y no de lo que uno, como sujeto consciente y libre, considera más conveniente, y, más aún, el consumo como modo de sentirse vivo y participando, y no como la adquisición de los bienes y servicios que potencian mi desarrollo personal.

Es claro que las reglas de juego están absolutamente distorsionadas a favor del primer mundo y sobre todo a favor de las corporaciones que controlan el mercado mundial y las potencias que las sirven servilmente. Este elemento pesa muy fuertemente y vuelve todo mucho más cuesta arriba. Pero la injusticia padecida no puede hacernos olvidar el hecho de que podríamos obtener mucho

más, incluso en el orden de obligar a cambiar esas reglas, si tuviéramos mayor desarrollo humano.

2.1.4.2 *Sujeto humano y discípulo*

Pues bien, aquí se inserta la propuesta del discipulado. Ser discípulo, si lo vivimos con la plenitud que tiene la propuesta cristiana original, capacita para vivir alternativamente ya, para vivir como verdaderos sujetos humanos que entablan relaciones personalizadoras que posibilitan la vida humana, una vida de calidad, ya en estas condiciones, y desde esta vida verdaderamente libre son capaces de luchar creativamente para construir alternativas sociales. Vamos a desarrollarlo.

Un discípulo es alguien que se define, no por lo que produce o consume ni como miembro de los conjuntos en los que está implicado ni como un individuo que aspira a vivir desde sí y para sí, sino por la relación que tiene con él su Señor Jesús y su correspondencia a ella, y a través de esta relación, por la relación con el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que, enviándonos su Espíritu, nos ha constituido en hijos suyos, y por la relación con todos los demás seres humanos, especialmente con los pobres, como hermanos en Jesús de Nazaret, el Hermano universal. No vive de sí ni para sí ni vive del ambiente. Vive de estas relaciones a través de las cuales se constituye como persona.

Cuando decimos que no vive del ambiente, no pretendemos afirmar que no necesite del aire para respirar ni de la comida para alimentarse ni de la aceptación de los demás para reconocerse a sí mismo. Necesita de todo ello. Pero es libre de ello. Lo es por dos razones: porque no se define por ello, porque todo eso no es para él lo decisivo; y porque confía en que los sujetos con los que se relaciona no lo van a dejar morir. Vivir en esta confianza que dan las relaciones interpersonales con la comunidad divina y con la de los condiscípulos, es vivir de fe. Quien vive de fe, es libre del síndrome de seguridad del que, por adaptarse a las reglas de juego del orden establecido y definirse a sí mismo como individuo, está solamente referido a sus propias posibilidades.

Si cada quien sólo cuenta consigo mismo, el horizonte vital es la lucha de todos contra todos para que prevalezcan los mejor posicionados y dotados y los que la viven con menos escrúpulos. Esto lo teorizó ya Spinoza, al comienzo de la modernidad al asentar que «el conato de conservarse a sí mismo en la existencia es el primero y el único principio de la virtud», es decir de la virtualidad positiva, que es el sentido pleno de la virtud moral. Si lo que define a cada quien

es el conservarse a sí mismo, cada quien es un contendiente dispuesto a sacrificar a los demás con tal de seguir viviendo. Porque, si el único parámetro de cada uno es conservarse a sí mismo, el asunto, en una situación de escasez, se transforma en quién logra prevalecer. No queda sino la lucha de todos contra todos.

En la situación actual, dominada por las corporaciones y las grandes potencias que las respaldan, esta lucha tiene que hacerse dentro de las reglas de juego que ellos han establecido, en las que ellos, empezando por el capital financiero, pero también los grandes productores protegidos por las potencias que imponen las reglas comerciales, tienen garantizados todos los derechos mientras que luchan porque los productores desprotegidos y la mano de obra no tengan ninguno.

Unas reglas de juego tan injustas, incluso tan irracionales, se imponen ante todo por la fuerza de los que detentan el poder económico y político, en definitiva por su desnuda capacidad de imponerse. Pero esta inexorabilidad de quien amenaza con la exclusión, que equivale a la muerte, tiende a naturalizarse como expresión de la realidad («así son las cosas») y por eso a introyectarse como expresión, no del orden establecido por unos pocos para su provecho, sino como manifestación de la naturaleza de las cosas, de la realidad. A que esta distorsión aparezca no como tal sino como el orden de las cosas va dirigida una masa enorme de recursos económicos y técnicos que construye un ambiente que se respira por múltiples canales hasta lograr introyectarse en la gente. Esta vasta maniobra de ideologización da como resultado que persista democráticamente un estado de cosas que va absolutamente en contra de la mayoría.

Ahora bien, si el nivel de relaciones personales personalizadas, que hemos caracterizado como propias del discípulo, son las que llevan la voz cantante en mi vida, pierde su brillo y su capacidad de persuasión y seducción lo que me dice la propaganda. No tiene para mí prestigio una persona por ser el más rico del mundo o el que copa las portadas de las revistas y las pantallas de televisión, ni me deslumbra una empresa porque hayan subido espectacularmente sus ganancias, ni me siento especialmente contento por un alza sostenida de la bolsa, ni tampoco me siento inclinado a maldecir constantemente de ellos. Vivo en otro mundo, en un mundo de personas y en la tierra de la que estoy hecho y a la que también pertenezco, y la relación con las mercancías, desde los espectáculos a las marcas, a los ídolos o a lo que está de moda, es secundaria: tanto cuanto me ayuda en esa personalización.

Naturalmente que esto sólo es verdad si estas relaciones personalizadas existen e incluso si ellas llevan la voz cantante en mi vida. En caso contrario, mi cristianismo se reduce a ser la versión religiosa del orden establecido o la compensación religiosa de la insatisfacción que me deja esa pertenencia al mercado totalitario. Pero recordémoslo, esas relaciones son eso, relaciones personales, no la pertenencia a una institución, la observancia de una doctrina y la participación en unos ritos. Eso sólo tiene sentido en cuanto expresiones de esas relaciones, cosa que no puede darse por supuesto sino que ha de ser validado en cada caso.

2.1.5 Sólo discípulos podrán expresar institucionalmente la pluriculturalidad de la región

Queremos concluir este tema del discipulado en América Latina hoy con el problema que plantea al discipulado la nueva época en que está entrando nuestra región. Explicaremos en qué consiste esta novedad epocal y, al presentarla, aparecerá claro el desafío que ella presenta al catolicismo latinoamericano.

2.1.5.1 La nueva época latinoamericana se caracteriza por la expresión institucional de la pluriculturalidad de la región

Estamos arribando a la tercera época de nuestra región, después de la época amerindia y de la época de los peninsulares, devenida finalmente por efecto de las migraciones en época de los occidentales. Esta segunda época tuvo tres periodos: en el primero compartieron el poder los peninsulares afincados aquí, que poseían la tierra y regían los cabildos, y los venidos temporalmente de allá como parte de la administración o para «hacer la América». En el segundo, los afincados aquí se emanciparon de los de ultramar constituyéndose en los únicos señores de indios, negros y castas. El tercero fue el tránsito de las repúblicas señoriales a las democracias de masas, al dar paso a posiciones de poder económico y político a personas de otras etnias, previa occidentalización por la vía de la educación, la cultura de masas y la participación política.

La tercera época está adviniendo cuando un número creciente de personas de etnia no occidental buscan asumir los bienes civilizatorios y culturales de occidente, pero ya no para dejar su identidad cultural sino para ejercerla con mayor solvencia y prestancia. Lo más visible es el pujante y cada vez más

maduro movimiento indígena, pero a la larga tendrá tanta o más fuerza el mestizo y en ciertas regiones el afrolatinoamericano. La inestabilidad de la región no cesará hasta que los occidentales den lugar a los otros, de manera que la realidad multiétnica y pluricultural que nos caracteriza se exprese también a nivel institucional, es decir hasta que América Latina, deje de ser sólo latina, en sus dos versiones de criolla tradicional y occidental mundializada, para ser además indígena, afrolatinoamericana, campesina y suburbana. Pero no como coexistencia pacífica de las seis culturas sino en interacción simbiótica.

Por ahora no se ve que los occidentales dominantes estén dispuestos a dar lugar a las otras culturas. No se ven en una región que deje de ser institucional y ambientalmente latina y están dispuestos a cualquier cosa para que eso no llegue a suceder. Somos y cada vez seremos más una región dividida y mientras no se dé lugar a las demás culturas, sólo por la fuerza se mantendrá la unión, y cuanto más se demore el proceso, más se endurecerán los contendientes.

Dar lugar a los hasta hoy preteridos y subalternos es un acto elemental de justicia, que todo el que aspire a una congruencia cristiana elemental no puede sino apoyar, sea cual sea el costo que le suponga. Pero también es el reconocimiento de su prestancia histórica, de la capacidad de resistencia de sus culturas y de la riqueza para todos de que se expresen en todas las dimensiones de la vida social. No verlo, es vivir en un etnocentrismo empobrecedor, indigno de un cristiano cuya calidad se mide, no por el amor al prójimo sino por la aproximación al distinto, tenido en mi cultura como inferior.

Hay que reconocer que así como la izquierda ha luchado históricamente en América Latina por la superación del pueblo a nivel económico, social y político, ha desconocido, sin embargo, la dimensión cultural por confinarse dentro de la dialéctica de la Ilustración que es eurocéntrica, es decir occidentalizadora.

2.1.5.2 La nueva época emplaza a la institución eclesiástica a que deje de ser sólo latina

Es de justicia admitir que desde Medellín y Puebla el catolicismo ha contribuido en nuestra región significativamente en el surgimiento de todo tipo de grupos de base, es decir a que mucha gente popular crezca en su condición de sujeto personal y social, espiritual y cultural. La propuesta de «alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y consolidar sus propias organizaciones de base» (Med. 2,27), es una propuesta de envergadura histórica, no sólo porque supone creer realmente en el pueblo sin mediatizarlo por el

partido y el líder, como hacía tanto el populismo como el socialismo, sino porque se plasmó en una medida bastante notable. Podemos decir que hasta hoy muchas de las fuerzas que en nuestra región luchan por una América multiétnica y pluricultural se han fogueado en grupos de inspiración cristiana y saben que pueden contar como aliada a gente de Iglesia organizada.

Pero también habría que reconocer que la institución eclesiástica es hasta ahora occidental (occidental americana, por supuesto) y no ha aceptado que exista una institución eclesiástica indígena ni negra ni campesina ni suburbana, en comunión mutua y con la de cultura occidental americana. Como las demás instituciones, está reaccionando con reflejos de defensa ante lo que percibe como amenaza. Nos tendríamos que preguntar si inconscientemente no se está negando a expresarse como Iglesia católica, en el sentido de configurada según el paradigma de Pentecostés. También en América Latina hoy es preciso que las maravillas que Dios obró en Jesús y las que sigue obrando con su Espíritu se proclamen en las diversas lenguas y culturas.

Pero además del problema de la fidelidad, habría que estar claro en que, si la institución eclesiástica es percibida por estas culturas emergentes como una de las fuerzas que, por obstinarse en conservarse sólo como occidental, se oponen a que se afiance esta nueva época, será barrida con las demás. Ya empiezan a notarse síntomas de esta fractura, es decir de la ruptura de la alianza de sectores de esas culturas populares con la institución eclesiástica por parecerles que sólo tienen lugar en la Iglesia como usuarios y no como sujetos culturales y espirituales, con sus propios líderes y con expresiones en sus propias culturas. Éste es un elemento de la prestancia de las sectas, del auge de la santería y otras formas religiosas afrolatinoamericanas y de la revitalización de las religiones amerindias. Tenemos un tiempo muy limitado para que no ocurra esta catástrofe. Catástrofe para la Iglesia y para la región.

2.1.5.3 La nueva época exige la formación de discípulos que inculturen el cristianismo a sus culturas

Se nos hace muy cuesta arriba reconocer que hasta hoy Iglesia e institución eclesiástica son lo mismo para el pueblo latinoamericano porque la institución eclesiástica siempre ha sido exterior a él, en el sentido de que nadie del pueblo pertenece a ella. Hay muchos de origen popular, pero esta expresión significa precisamente que, habiendo nacido en el pueblo, ya no son de él a nivel cultural ni de pertenencia. Así se explica el surgimiento del catolicismo popular, que,

como reconoce Puebla, no es una variante devocional (como hoy sostienen muchas instancias eclesiásticas: piedad popular) sino otra versión del catolicismo que la de la institución eclesiástica, aunque no en competencia con ella sino reconociéndola, pero dentro siempre de su propio esquema. Esta inculturación del evangelio que es el catolicismo popular, como reconoce Santo Domingo, ahora debe expresarse también a nivel institucional, tanto en las expresiones de cada una de las culturas populares (indígenas, afrolatinoamericana, campesina, suburbana) como en sus personeros, con todo el cuidado del caso, pero decididamente, y no sólo mediante diáconos, como se ha hecho hasta ahora tímidamente, sino ordenando presbíteros y con el tiempo obispos.

Esto quiere decir que hay que ordenar a cristianos adultos de sus culturas, es decir a aquéllos que la comunidad cristiana considera que están preparados y tienen las debidas disposiciones. Pero el requisito indispensable es que no pasen por el seminario. Habrá que cualificar su conocimiento del cristianismo en su propio ambiente. En caso contrario, dejan de ser de sus culturas, ya que hasta hoy los seminarios desgajan sistemáticamente a los jóvenes de su sustrato cultural, con lo que, al perder el contacto vivo con él, más aún al ser inducidos a avergonzarse de él, no les queda más alternativa que adquirir la identidad clerical. Por eso los criollos tiene más posibilidad de no clericalizarse, ya que están en su misma cultura, mientras que a los demás sólo les queda revestirse de la condición de clérigo para paliar la orfandad cultural en la que se encuentran.

Este tema de la implantación institucional de la condición pluricultural de nuestra región es no sólo pertinente sino indispensable para el discipulado en América Latina hoy porque el pueblo latinoamericano en esta tercera época que se abre sólo podrá ser discípulo en su propia cultura. Es su anhelo de genuinidad el que ha llevado a un número creciente de personas de etnia no occidental a superar el ofrecimiento de tener acceso a todos los puestos dirigentes a cambio de abandonar su cultura y pasarse a la cultura occidental, autoproclamada como la única con futuro. Este ofrecimiento fue aceptado a lo largo de la historia por muchísimos campesinos y también por indígenas y afrolatinoamericanos que dejaron sus respectivas culturas y en concreto su modo de vivir en ellas el cristianismo y aceptaron la versión que les proponía la institución eclesiástica para ingresar en sus filas. No estoy sugiriendo que lo hicieran como vía de ascenso social. Aceptaron la propuesta porque creyeron que así era la vida, que ésa era la dirección de la historia. Muchos sufrieron mucho en el *camino*, pero pensaban que era el precio que tenían que pagar para seguir la vocación a la que se sentían llamados. Algunos, sin embargo, en contacto de nuevo con los suyos recuperaron mucho de lo que dejaron en el seminario y

llegaron a ser verdaderos líderes religiosos de su pueblo. Sin embargo también entonces les tocó sufrir al ver cómo la institución despreciaba sin comprender muchos aspectos que ellos y los suyos vivían fecundamente. Hoy esas personas, cuando no se han asustado por la rapidez con la que se precipitan los acontecimientos, empiezan a ver con nueva luz lo que habían vivido y a considerar su trascendencia.

Porque cada vez más gente se esfuerza denodadamente por adquirir los bienes civilizatorios de la mundialización para vivir con plenitud su específica condición cultural. Esas personas, punta de lanza de estos nuevos sujetos emergentes, no podrán seguir siendo católicos si le les fuerza a vivir el catolicismo con moldes occidentales, si no se propicia que lo expresen en sus propias culturas y, más aún, si no se les acepta como los líderes naturales de sus comunidades cristianas.

Todo degenerará en una mera lucha por el poder, de parte y parte, si no se emprende una reevangelización a fondo en cada una de las culturas para que las personas más cristianas de cada una de ellas sean las que inculturen el evangelio en ellas y las que hagan de guías de los demás. Sólo quienes se definan como discípulos, tal como hemos tratado de desarrollar en la primera parte, podrán expresar con autenticidad la vida que brota de esta condición, en el doble sentido de transformar desde dentro sus culturas para que ellas sean vehículo de la nueva humanidad de Jesús, y de expresar en ellas la novedad que ha traído Cristo como salvación y plenificación de lo humano y de toda la creación. Esta tarea no le toca a una institución eclesiástica que no sea de esas culturas. A ella le compete alimentar su vivencia cristiana para que sean verdaderos discípulos de Cristo y estimular su participación y coordinar sus carismas. Después, en un diálogo fraterno, corresponde a unos y otros velar porque lo nuevo que va brotando sea una nueva expresión de la Tradición y no algo incompatible con ella. Pero antes de entrar en esta fase, hay que darle tiempo al tiempo, hay que dar lugar a que se vayan expresando. Y todo ello, no desde la propia cultura absolutizada ni desde la propia tradición cristiana sacralizada, ya que ninguna tradición es la Tradición.

2.2 Responsabilidad de la institución eclesiástica

2.2.1 Los responsables no promoverán el discipulado hasta que no se definan por su condición de discípulos y no por su oficio

Por cinco capítulos distintos y complementarios hemos establecido la necesidad de promover el discipulado cristiano en América Latina hoy: para

cualificar el cristianismo de los buenos cristianos, para acabar con el escándalo de ser la única región cristiana y la más desigual, porque se ha interrumpido la trasmisión ambiental, para propiciar sujetos que emprendan una globalización alternativa y para ayudar a que se exprese institucionalmente el carácter pluricultural de Nuestra América dando lugar a una interacción mutuamente enriquecedora y no a la balcanización de la región. Vamos a referirnos ahora a un requisito imprescindible para que se dé esta promoción en un grado apreciable.

El requisito imprescindible es que la institución eclesiástica tenga como prioridad la evangelización personalizada, la proclamación real y situada de Jesucristo y la iniciación a su persona y a su causa que es el Reino de Dios, y la entrega de la Biblia y sobre todo los evangelios al pueblo como acto de Tradición. Pero no estará capacitada para llevarlo a cabo, si ella misma no emprende una revitalización a fondo de su relación discipular con Jesús, de su entrega al servicio del Reino, es decir a la constitución del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, superando la actual situación de pecado, y la reactualización de los estudios bíblicos que realizó, y sobre todo si la lectura orante de la Palabra (sobre todo los evangelios) no es su pan de *cada día*, la fuente trascendente que nutre su condición de discípulo.

Todo esto supone una verdadera conversión porque implica no definirse ya por el papel que desempeña y con el que frecuentemente se siente consustanciado sino por su condición de discípulo. La institución eclesiástica ha venido segregando secularmente una ideología que sacraliza su condición eclesiástica como si fuera escatológica. «Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec» es el lema con el que no pocos se identifican y por el que se definen. El texto es una cita de un salmo (110,4) de entronización real, considerado mesiánico, que debe ser entendida analógicamente. En primer lugar porque Melquisedec no es el *analogatum princeps* (según la terminología escolástica), por lo que no es el método más recomendado aclarar algo con lo que no es claro en sí. En segundo lugar porque sólo se lo puede aplicar a Jesús de modo analógico ya que en sentido técnico Jesús no fue un sacerdote y nunca ofreció ningún sacrificio en ningún templo. Entregó su propia vida, es decir no ofreció nada sustitutivo ni lo ofreció en el espacio y tiempo rituales sino en espacio y tiempo mundanos, vida que culminó en lo menos sagrado que puede haber que es un patíbulo. Es claro, según la carta a los Hebreos, que es el único documento que utiliza sistemáticamente este lenguaje, que este proceder de Jesús es alternativo de lo que intentaban hacer en vano los sacerdotes ofreciendo sacrificios en el templo (10,8-9).

A Jesús se lo puede llamar sacerdote y sumo sacerdote porque logra la mediación entre Dios y los seres humanos y los seres humanos y Dios, que era el objetivo de los antiguos sacerdotes. Aunque la denominación de pontífice es más propia, porque en efecto hace de puente entre Dios y los seres humanos porque pertenece realmente a las dos orillas y pertenece a la orilla humana por pertenecer a la divina, es decir por la voluntad de la comunidad divina de echar su suerte con la comunidad humana.

Si de este modo puede definirse a Jesús, por su condición, simultánea y mutuamente referida, de Hijo de Dios y de Hermano universal, o, más precisamente, de Hermano universal por su condición de Hijo de Dios, así no se puede definir a ningún otro ser humano. El que un presbítero haga en la Cena del Señor las veces de Jesús al hacer el memorial o el que un obispo apaciente una comunidad cristiana por encargo de Jesús, no significa que ese encargo lo defina. De ningún modo. El encargo viene después. Él es ante todo y después de todo un discípulo, un condiscípulo. La primera palabra que dice Jesús a Pedro es «sígueme», y la última «a ti qué te importa, tú sígueme». Pedro es un discípulo a quien él da el encargo de apacentar a sus ovejas, para lo que Pedro debe confesar que lo quiere a él más que a sí mismo. Pedro es un discípulo, un condiscípulo con un encargo, pero un condiscípulo. El encargo cualifica su condiscipulado, no lo suprime. Eso es lo que significa la cita de Agustín que inserta el Vaticano II en la *Lumen Gentium*: «Para ustedes soy el obispo, con ustedes soy el cristiano. Aquél es el nombre del oficio, éste el de la gracia; aquél, el del peligro; éste, el de la salvación» (32). Si un jerarca se define por el cargo, se priva de la gracia y la salvación. Y por supuesto en esas condiciones no está en la mejor disposición para ayudar a nadie.

Hemos asentado que un discípulo, perteneciente a la institución eclesial, no puede definirse por su oficio sino por su condición de discípulo y consiguientemente de condiscípulo. Ahora bien, sólo un condiscípulo puede ayudar a que otro se haga discípulo. Quien se identifica con la institución sólo puede contribuir a que otros sean adherentes a la institución, usuarios asiduos o esporádicos de la misma o, a lo más, colaboradores suyos, pero nunca condiscípulos. Vamos a ejemplarizarlo en el caso paradigmático de la lectura orante comunitaria de la Palabra.

Esta lectura discipular no puede llevarse a cabo en una Iglesia concebida como de masas, de tradición, pastoreada unidireccionalmente por los pastores, que son los que enseñan la doctrina cristiana y llevan a cabo el culto. En este tipo de relación los asistentes, que no participantes, escuchan lo que el especialista

dice supuestamente de parte de Dios. No escuchan la Palabra sino al que se supone que Dios ha puesto en su nombre para que se la dé. En la lectura discipular de la Palabra, por el contrario, todos son oyentes de la Palabra, que es el único Maestro, aunque el que ha estudiado puede ayudar preliminarmente a que todos comprendan en nuestro tiempo y cultura lo que la Palabra quiere decir. Pero después de este paso previo, todos escuchamos como condiscípulos a la Palabra, que nada tiene que ver con escuchar al especialista los que no han estudiado Biblia.

Los que se definen como discípulos antes que como jerarquía, consagrados o laicos, viven en relaciones mutuas, es decir como condiscípulos. Estas relaciones mutuas (ayudarnos unos a otros, corregirnos, querernos, soportarnos, edificarnos, enseñarnos...) engendran comunidades vivas que son el sacramento de la misión: embriones del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Para que la Iglesia tome esta figura es imprescindible una conversión de los miembros de la institución eclesiástica que los lleve a definirse como discípulos y condiscípulos antes que como pastores, y a propiciar estas relaciones mutuas.

La escucha de la Palabra, tanto solos, en la oración diaria que cada discípulo necesita para vivir cada jornada según la consigna del Maestro, como en la comunidad de condiscípulos, es en orden al seguimiento, es decir a la participación de su misión. Hoy, como en tiempos de Jesús, ponemos nuestras vidas al servicio del Reino, conscientes de que, tanto en nosotros como en nuestro ambiente, es mucho lo que se opone a ser configurado por él. Esto exige un cambio de mentalidad, de actitudes, de relaciones y no menos una transformación de estructuras e instituciones. Esto es sumamente costoso, tanto que nunca lo realizaremos completamente ni en nosotros ni en nuestro ambiente. Sin embargo, no podemos resignarnos a no emprender este proceso *cada día*, venciendo de nosotros mismos y pagando el precio social indispensable. Como hoy vivimos en uno de los momentos más injustos que recuerda la historia, es gravísima la tentación que nos acecha de buscar otro *camino* menos costoso, una gracia más barata.

2.2.2 *El pietismo, sucedáneo del verdadero discipulado*

El pietismo es el *camino* que se está intentando. El punto de partida es abstraer la injusticia y considerar sólo la secularización y luchar contra ella, omitiendo la lucha contra la injusticia, sin ver que la secularización va unida a la idolatría, que consiste en absolutizar lo científico-técnico y la forma que adopta

de mercancía, y relativizar la persona, el desarrollo humano y las relaciones, tanto filiales con Dios como fraternas con todos los seres humanos. El pietismo separa a Cristo de Jesús de Nazaret y a éste de la proclamación y dedicación a que acontezca el Reino. Restringe el encuentro con Jesús a la oración y el culto, y omite el seguimiento que se realiza en la vida. La fidelidad en la vida la limita al cumplimiento de la legalidad y sobre todo a la moral privada, enfatizando lo relativo a la sexualidad.

Es una gran tentación porque pasa por alto lo que la *Gaudium et Spes* calificaba de nuevo humanismo, «en el que el ser humano queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia» (55), entendiendo que en él se juega hoy la fidelidad cristiana. Responder ante Dios de los rostros concretos que son los hermanos, en primer lugar los pobres, pero también los desconocidos y los enemigos, y responsabilizarse de la marcha de la historia, de la justicia de sus mecanismos, del grado en que contribuyen al desarrollo de todo el ser humano y de todos los seres humanos, es algo muy exigente, tanto que no se aviene fácilmente, o por mejor decir que no es compatible, con la dedicación exclusiva a la maximización de la ganancia y al disfrute de sus beneficios.

Vivir una vida devota, en el sentido reducido que indicamos, está más al alcance de la mano y además otorga el equilibrio indispensable para vivir según las reglas de este mundo. Como esta propuesta se lanza desde personas investidas de autoridad sagrada, es mayor el peligro de aceptarla, porque, además de ser muchísimo más barata, está nimbada de prestigio.

2.2.3 *La misión como evangelio inclusivo desde la encarnación kenótica en el único mundo*

Sólo una Iglesia de convertidos, es decir de discípulos, puede emprender una misión realmente trascendente. Ya la conversión implica una trascendencia porque el individuo se hace persona al aceptar la entrega de Jesús y corresponderle, y al aceptar a los hermanos que Dios le dio y entregarse a ellos. Pero la conversión lleva a la participación de la misión de Jesús, a proseguir su historia, animados por su Espíritu. La misión de Jesús es el reinado de Dios (aceptar a Dios como padre materno y a todos los demás como hermanos y hermanas) como *camino* hacia el Reino (constitución del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, hasta que él nos transforme para formar parte de la comunidad divina y que Dios sea todo en todas las cosas).

2.2.3.1 Encarnación en el único mundo y no creación de ámbitos corporativos para salvarlos de él

La misión parte de la encarnación solidaria en nuestra sociedad y en nuestra época. No se puede hacer desde fuera, desde una institución corporativizada, ya que lo que no se asume no se salva. Y tampoco se salva el que pretende salvar a algunos llevándolos a su pretendido ámbito de salvación, separándolos del resto, que se da por perdido. Por eso los cristianos, si somos congruentes, no podemos no estar a la altura del tiempo mundial y del tiempo latinoamericano, con el esfuerzo sostenido y el cambio de mentalidad que eso conlleva. No podemos confinarnos en nuestra comunidad sino que tenemos que vivir lealmente en nuestro mundo globalizado y en nuestra región latinoamericana y, como Jesús de Nazaret, echar la suerte con ellos.

La Encarnación, que fue el santo y seña del Concilio, no es hoy la perspectiva, el horizonte y el ambiente que domina en nuestra Iglesia. Hoy vuelve la *actitud* preconiliar de considerar a la Iglesia, y dentro de ella a instancias corporativizadas, como el ámbito de la salvación. El mundo es lo anónimo, lo amorfo, lo no cualitativo: una tierra de nadie vacía, invivible. No tiene sentido encarnarse en el mundo y echar la suerte con él. Lo sensato es salvarse de él.

Hoy esta propuesta en muchos casos nada tiene que ver con el rechazo al mundo moderno, característico del proyecto pastoral de restauración de la cristiandad. Es por el contrario un signo de la adaptación sin discernimiento a esta época, que no es ya la del capitalismo de la competencia abierta sino la de las corporaciones que controlan no sólo el mercado sino sus reglas de juego, para sus propios intereses. La corporación no tiene ninguna lealtad: trabaja para sí misma.

Da la impresión de que no pocas instancias eclesiales, dando por perdida la masa o al menos prescindiendo de ella, construyen ámbitos en los que los afiliados encuentran una identidad y un hogar y también una tarea, limitada pero que parece cualitativa. Por ejemplo, daría la impresión de que no pocos movimientos juveniles cristianos lo que hacen en concreto es sacar a sus afiliados de su generación y darles un lugar en la vida y una identidad. Lo mismo podríamos decir de movimientos de matrimonios o de educadores. Ejemplificando lo que queremos decir en el caso de los educadores, la propuesta no es tanto contribuir a la transformación de la educación y más en concreto del educador y su función y sus relaciones con el resto de la comunidad educativa sino hacer todo eso en su propio ámbito específico, sin vínculos estructurales con los demás educadores.

En bastantes casos no se ve que el trabajo se conciba como levadura dentro de la masa sino como un ámbito privilegiado de selectos.

No es éste el estilo de Jesús, que contrastaba con el sectarismo de bastantes de los grupos organizados de su tiempo. No es ésa su propuesta. Hoy, en la época de la mundialización, tenemos que volver a insistir, en contra del corporativismo ambiental, en la encarnación leal en nuestro mundo.

2.2.3.2 Encarnación como pertenencia al mundo de los pobres para salvar a los más pobres

Esta encarnación, que supone una pertenencia, tiene como ámbito privilegiado a los pobres. La opción no es por los más pobres sino por los pobres, por los que están entre las necesidades mínimas y las básicas, los que en parte están excluidos y en parte cargan el mayor peso. Sólo ellos pueden ayudar eficazmente a los que viven en la llamada cultura de la pobreza.

Una comunidad cristiana que no está estructuralmente abierta a los pobres, no es cristiana, ni siquiera celebra la Eucaristía. Sólo desde los pobres se puede salvar a todos. Esto es frontalmente opuesto a la dirección dominante de esta figura histórica, que está dominada por la arrogancia arrolladora del capital, que ignora a los que no tienen capacidad de compra ni capital humano disponible para ser empleado. Aquí está hoy lo que Pablo llamaba la locura de la cruz.

Opción por los pobres no es convertirse en intermediarios de las corporaciones mundializadas para paliar los efectos más desestabilizadores de sus políticas. Pasa por que los pobres sean sujetos en la sociedad y en la Iglesia. Eso quiere decir que tenemos que contribuir al cambio estructural a nivel mundial, y que, por su parte, la Iglesia tiene que reestructurarse desde los pobres con espíritu, que son su corazón.

La cuestión de crear trabajo productivo tendencialmente para todos y no considerarlo como una mercancía, es quizás la más relevante.

Hoy, en vez de optar por los pobres, por las grandes masas de pobres y por su constitución plena como sujetos en la Iglesia y en la sociedad, con el cambio estructural que esto supone y conlleva, la tendencia lleva más bien a enfrentar las llamadas nuevas pobreza. Es cierto que éstas, por su tremenda estridencia, hieren fuertemente la sensibilidad humana y mueven a hacerse cargo de ellas de modo perentorio. Estamos de acuerdo con la calidad cristiana de esta opción. Pero estamos en completo desacuerdo en que ella sustituya a la

opción por las mayorías empobrecidas y excluidas. Estas mayorías son las abandonadas por la dirección dominante de esta figura histórica. Ni el Estado ni los partidos ni los sindicatos ni los intelectuales se ocupan de ellos. En cambio las corporaciones mundializadas contemplan cuantiosas ayudas para atender a los nuevos pobres porque con ello lavan su imagen y se ganan el aprecio de la «gente decente», que no quiere ver en los espacios públicos de las ciudades espectáculos deprimentes, que además son fuente de inseguridad. Para ellos es una operación cosmética y de profilaxis social, aunque para los comprometidos en ella sea un acto de genuina misericordia.

No estamos de acuerdo con esta sustitución por dos razones: ante todo porque estas nuevas pobreza están provocadas por el abandono de los pobres por parte del Estado y de la sociedad. Por eso, en vez de atenderlas para que no desestabilicen la sociedad y para aumentar la calidad de vida de los ambientes ciudadanos invisibilizando lo que los afea y torna inseguros, lo que habría que procurar es quitar sus causas y el único modo de hacerlo es elevar la capacitación, los empleos productivos y la participación efectiva de las mayorías que son pobres. Además, el dinero de las corporaciones no basta para rehabilitar a estas personas. Sólo los pobres pueden acogerlos y reanimarlos para que se rehagan. Pero para que estén en condiciones de hacerlo, hay que ayudarlos a ellos.

La segunda razón por la que no estoy de acuerdo es porque me parece criminal abandonar al pueblo, como se viene haciendo, es decir a los que están, no fuera, como las nuevas pobreza, sino adentro, pero en el lugar más bajo, cargando con el peso de todo y desprotegidos. No es cristiana la sensibilidad sobreexcitada por las nuevas pobreza, cuando coexiste con la insensibilidad ante la suerte de las mayorías. Ellos tienen que sentir, no sólo que los cristianos estamos con ellos sino que ellos son nuestro lugar social y espiritual, nuestra casa, que la Iglesia tiene su figura y que desde ella atiende a todos.

2.2.3.3 Jesús presentado como evangelio para cada persona y grupo, no marketing para crear adictos a la institución, diluyendo la propuesta

Pero complementariamente el privilegio de los pobres es para la salvación de todos. Esto es lo que significa que Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva y que Jesús vino a llamar a los pecadores y murió pidiendo por ellos y en su nombre se predicó la conversión que lleva a la vida. La misión no es neutral: se hace desde los pobres. Pero no acepta la polarización, no es sectaria: busca irrevocablemente la conversión de los opresores a la fraternidad como una buena nueva para ellos. En la mundialización alternativa

que proponemos, que salvaguarda la competitividad del mercado y la complementa con la seguridad social mediante la democracia local, nacional, regional y mundial, hay espacio para todos. Todos tenemos que cambiar y pagar el precio, pero humanamente todos salimos ganando.

Esto significa que, si rechazamos que los cristianos cambiemos de oferta para adaptarnos a los gustos de la demanda, aceptamos, sin embargo, del mercado el que la misión tome la forma de una propuesta, no de un emplazamiento ni de una imposición moral. Una propuesta abierta, entre las muchas propuestas, porque estamos convencidos de que sólo una propuesta dirigida a la libertad es digna del Evangelio y de las personas, y porque sabemos que es la mejor propuesta posible. Por eso no hacemos misiones como operativos o campañas, no hacemos marketing, en el sentido usual de vender a toda costa una mercancía acondicionando a los destinatarios para que tengan adición a ella. Nuestra propaganda es nuestra vida de testigos y la levadura de nuestras comunidades. Desde ahí tienen peso nuestras propuestas sociales y nuestra proclamación de Jesús y el Reino, que tiene que hacerse explícita y sistemáticamente.

Tenemos que reconocer que el ambiente nos lleva por la pendiente inclinada de una misión al estilo de las grandes campañas que emprenden las corporaciones para posicionar sus productos. Gente de peso en la Iglesia, que vive con angustia la pérdida de relevancia de la institución eclesial, que siente en carne propia la responsabilidad de hacer algo eficaz que consiga revertir la tendencia, se puede sentir inclinada a embarcarse en algún montaje en grande, como los que están viendo constantemente por parte de las grandes empresas mundializadas, cuyo éxito es tan fácil de medir e incluso tan previsible. Seguramente que sus amigos empresarios y publicistas los animan a emprender ese tipo de acciones y se brindan a prestar ayuda o por lo menos asesoría. Es una tremenda tentación en la que, si Dios no lo remedia, vamos a caer y de la que podemos salir muy mal parados.

Para discernir esta cuestión tan espinosa hay que partir del axioma de que «el modo de producción determina el producto». Como está muy comprobado en las Iglesias electrónicas, esas campañas logran éxitos contantes y sonantes en cuanto al flujo de personas que asisten y el dinero que dejan en sus arcas. Pero ¿qué tiene que ver eso con el encuentro personalizador con Jesucristo en orden a una transformación personal y un cambio estable de vida? Si lo que se pretende es que muchos cristianos se movilizan llevando propaganda para que las Iglesias vuelvan a estar llenas, sí pueden ayudar ese tipo de campañas. Pero un encuentro personalizador con el Señor sólo se puede propiciar mediante

encuentros personalizadores entre evangelizadores y evangelizados. Es decir no mediante operativos, mediante proyectos puntuales y objetivados sino mediante procesos interpersonales, sean de individuo a individuo, grupales o multitudinarios. Éstos no se excluyen, pero tienen que ser personalizadores y como fruto maduro de los otros dos tipos de encuentros. Jesús practicó los tres. Pero nunca a base de slogans sino siempre dando que pensar, propiciando procesos abiertos en los que la gente no era un mercado para conquistar sino sujetos a los que se ayudaba a personalizarse y elegir libremente. Para Jesús era menos malo un mal uso de su libertad que un secuestro de ella mediante cualquier tipo de coacción.

Así pues, el problema no es el uso de los más modernos recursos de mercadeo. El problema es utilizarlos con el espíritu con que se los utiliza, que es lograr, no decisiones libres, sino reacciones automáticas ante estímulos, lograr adictos en el mismo sentido que decimos de la droga, para lo cual hay que dirigirse directamente a las pulsiones y deseos elementales, descomponiendo a la persona y reduciendo su capacidad de actuar desde la libertad responsable. Para lograrlo se actúa a base de iconos y slogans publicitarios.

Traducido al tema de la misión, se dota a los enviados de materiales muy sumarios y de instrucciones muy precisas sobre cómo emplearlos y relacionarse con los destinatarios, incluso se los provee de un mismo tipo de vestuario o por lo menos de algo que los identifique, y por este procedimiento se eslabonan pasos que desemboquen en concentraciones cada vez más masivas hasta las concentraciones nacionales. Por este medio la Iglesia aparecerá en los medios de comunicación, fundamentalmente en la gran prensa y en la televisión, durante una temporada y la gente hablará de ella. Los funcionarios eclesiásticos adquirirán visibilidad, lo mismo que los templos, sobre todo los más emblemáticos; quizá hasta se ponga de moda algún icono o algún slogan. Pero después de este esfuerzo agotador, además de la satisfacción de sus fautores, ¿no habremos quedado más desfondados, más faltos de sustancia, menos significativos?

No concibo una verdadera conversión sin una proyección real a la sociedad. Pero ¿cuál es la proyección evangélica? Un montaje como el que hemos descrito ¿no equivale a los signos del cielo que pidieron incesantemente a Jesús y que él se negó sistemáticamente a realizar? Se negó porque esos montajes espectaculares no aportaban salvación, no llevaban a transformaciones personalizadoras, a un aumento de humanidad. La proyección cristiana debe contener en todo caso aumento de humanidad, de fraternidad y nunca puede faltar la entrega a los pobres como predilectos de Dios y destinatarios del Reino.

Por eso es indispensable la pregunta sobre qué tipo de misión se piensa realizar y muy en concreto qué tipo de misión hay que excluir de entrada. Aunque, por supuesto, hay que misionar. Un discípulo no puede no ser un misionero, porque es llamado y elegido para participar de la misión de Jesús.

2.2.4 Papel irrenunciable de la institución eclesial

Ahora bien, aunque el sujeto de todo lo dicho hasta aquí es todo el pueblo de Dios, es imprescindible la contribución cualificada de la institución eclesial para ponerlo en marcha. Esto requiere de una conversión específica de sus miembros y una reconversión de la institucionalidad vigente. Los presbíteros y obispos deben subsumirse en el seno del pueblo de Dios y hacerse cristianos con todos, ser llevados por los laicos y llevarlos a ellos. Su aporte específico es alimentar su vida cristiana, sobre todo transmitiendo la Tradición situadamente, y estimular y coordinar la participación de todos. Todo lo demás, incluida la toma de decisiones a todos los niveles, deberá ser compartido, incluyendo en ese colectivo expresamente a las mujeres.

La reconversión institucional pasa por una transformación del aparato institucional vigente de manera que sea dinámico, participativo y vehicule la radicalidad evangélica. Pero es también imprescindible la creación de nuevas instituciones, tanto de base, como nacionales y regionales. De base, ya que en las grandes ciudades las parroquias, aun transformadas, son absolutamente insuficientes, y deben complementarse con grupos por afinidad espiritual, por orientación pastoral y especificidad de sus componentes. Nacionales, porque los organismos de las conferencias episcopales, que deben mantenerse, no pueden representar ni pueden llegar a tener la densidad suficiente para alimentar concretamente a toda la Iglesia de cada país. Regionales, en base a las regiones históricas y culturales, que no coinciden con las provincias eclesiales, para efectuar la inculturación del evangelio a sus respectivos ámbitos.

Para operar esta reconversión institucional y para una acción pastoral eficaz es indispensable dejar el esquema piramidal anterior y constituir sujetos pastorales colectivos, en gran medida sujetos virtuales, con ayuda del correo electrónico. No hacerlo y persistir en la actual autarquía es condenarse a un servicio mediocre, que además cada vez va a interesar a menos gente, incluso a católicos practicantes. No llevar a cabo la transformación mental requerida es no definirse por la misión y no querer a la gente.

Bibliografía

- ALEGRE X., *La oscuridad en el seguimiento*, En *¿Naufragio de utopías?* Narcea, Madrid 1988, 137-169
- ARZUBIALDE S., *Teologia Spiritualis/ El camino espiritual del seguimiento a Jesús*. Tomo I. Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 1989
- BONHÖFFER D., *El precio de la gracia. El seguimiento*. Sígueme, Salamanca 1995
- CÁTEDRA CHEMINADE, *El seguimiento de Jesús*. Fundación Santa María, Madrid 2004
- ESPEJA J., *Para ser hoy discípulos y anunciar a Jesucristo en América Latina*. Id 717-733
- GALLEGO A., *Seguimiento de Jesús en Medellín, Puebla y Santo Domingo*. Id 707-716
- GARRIDO J., *La relación con Jesús hoy*. Sal Terrae, Santander 2001
- GUTIÉRREZ G., *Cristología y moral/ El seguimiento de Jesucristo como compromiso con la justicia*. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá 2004
- GUTIÉRREZ G., *Seguimiento de Jesús y opción por el pobre*. En Misiones extranjeras 215 (nov-dic 2006) 692-706.
- MARTÍNEZ F., *Crear en Jesucristo/ Vivir en cristiano*. EVD, Estella 2005, 577-637
- NOVOA J., *El seguimiento histórico de Jesús según el Espíritu*. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá 2003
- SOBRINO J., *El seguimiento de Jesús pobre y humilde*. RLT 24 (set-dic 1991) 299-317
- Id. *Espiritualidad y seguimiento de Jesús*. En *Mysterium Liberationis II* Trotta, Madrid 1990, 449-476
- Id. *Evangelización y seguimiento de Jesús*. En *Liberación con Espíritu*. ST 1985, 143-159